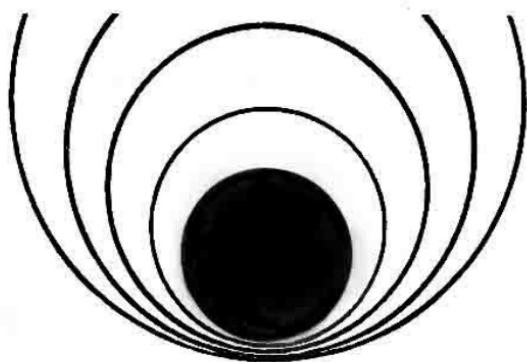




UNA RUBIA DE ORO PURO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.673 — Leñador y pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.535 — El asesino firma su crimen.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

925 — Perlas, besos y muerte.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

UNA RUBIA DE ORO PURO

Colección
PUNTO ROJO n.º 928
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 41.505 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1980

© Clark Carrados - 1980

texto

© Desilo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

La exposición se clausuraba aquel mismo día y los dos y amigos acudieron a contemplar algunas de las obras allí expuestas, pero, sobre todo, la más importante de todas, la que había llamado la atención desde el primer momento, la que había sido objeto de innumerables comentarios y que había causado la general admiración de cuántos la habían visto, tanto de profanos en la materia, como de los técnicos y expertos y críticos de arte de todas las clases y categorías.

Era una estatua de oro puro.

Un desnudo de mujer incomparablemente bello, una escultura que nada tenía que envidiar a las mejores salidas de los pinceles de Fidias, una nueva Afrodita totalmente de oro, no surgiendo de las espumas del mar, sino de un pedestal de mármol de color rojo oscuro, especialmente construido para la ocasión y que, como es fácil de imaginar, aumentaba más, si ello era posible, la belleza de la obra de arte.

La estatua era de tamaño natural y reproducía fielmente los menores rasgos de la modelo, una hermosa mujer que no debía de tener más de veinticinco años y de rasgos tan bellos como los de una «Madonna» rafaelista. Estaba en pie, con el brazo izquierdo levantado un poco y el derecho ligeramente adelantado, pareciendo que quisiera llamar a alguien, sin atreverse del todo a completar el gesto, debido a una innata timidez, acentuada por la boca abierta, de la que parecía que, en cualquier momento, iba a salir una tenue voz, de sonidos tan agradables como el de una campanilla de plata. El cabello, largo, suelto, caía en onduladas cascadas sobre su espalda. Los ojos estaban fijos en un punto lejano y sus labios aparecían ligeramente distendidos en una celestial sonrisa, maravillosamente captada por el artista, inmovilizada para siempre en aquel rostro de oro puro.

Uno de los dos amigos era Thornton «Pip» Galway, a su vez, buen amigo mío y, aunque me ha contado la historia con todo detalle, jamás ha querido sin embargo, decirme el nombre de su acompañante. En cierto modo, el amigo de Galway no es personaje relevante en la historia, por lo que le llamaremos mister Smith.

Por lo que he llegado a deducir, Smith era un hombre todavía joven, que no había entrado aún en la cuarentena, ni de lejos, y poseedor de una inmensa fortuna. Precisamente Galway había acudido a la exposición, a petición de su amigo y sin tener la menor idea de lo que le iba a ser solicitado. Galway, por otra parte, no tenía nada que hacer en aquellos momentos y no pudo rehusar su asistencia a la sala de arte, habida cuenta, además, de la gran amistad que le unía con mister Smith. (Lo mismo habría hecho si hubiese sido yo el autor de la petición, todo hay que decirlo).

Los dos amigos se pararon frente a la estatua, cuyos pies quedaban a unos setenta y cinco centímetros del suelo, situados sobre el pedestal de mármol rojo. Galway se quedó atónito al verla.

—Es inconcebible —dijo—. Jamás había contemplado una cosa así.

—¿Te gusta?

—No encuentro palabras. Dejando de lado el valor material del oro, la obra es de una belleza excepcional. La modelo tiene que ser una mujer hermosísima. Sinceramente, me gustaría conocerla.

Smith se echó a reír, sin estridencias.

—Quizá la conozcas algún día, Pip —contestó.

—Eso quiere decir que tú la conoces —dijo Galway, mirando de reojo a su amigo.

—Sí —repuso.

Por unos momentos, Galway creyó que Smith no quería continuar comentando el tema y desvió un tanto la conversación.

—Dejando de lado el valor que tiene la estatua como obra de arte, el valor material del oro debe ser poco menos que incalculable —dijo.

—¿Te atreves a mencionar una cifra?

Galway se rascó la cabeza.

—Bueno, habría que saber cuánto pesa la estatua. Probablemente, un par de centenares de kilos. Luego averiguaríamos cuántas onzas hay en esa cifra y después, teniendo

en cuenta las últimas cotizaciones del oro, que estos días ha subido bastante... Un millón o cosa así, ¿no?

Smith rió nuevamente, mientras ponía un cigarrillo en su larga boquilla de marfil negro.

—Pip, en algunas cosas, eres único y por eso te he traído a la exposición. Para otras, sin embargo, eres una catástrofe bípeda, y perdona el calificativo.

Galway no se enfadó. Su amigo no lo había dicho de mala fe y, además, sabía que era verdad. En cuestión de números, era una calamidad.

Tranquilamente, Smith continuó:

—La modelo pesaba unos cincuenta y cinco kilos y, como puedes apreciar, la estatua es de tamaño natural. Ahora bien, la densidad del cuerpo humano es ligeramente inferior a la del agua, cosa que has podido comprobar cuando, bañándote en el mar, has hecho el «muerto», flotando horizontalmente en el agua, sin asomar apenas más que la nariz para respirar.

»Por tanto, la modelo, en esas circunstancias, desalojaba unos cincuenta y cinco litros de agua, lo que equivale a cincuenta y cinco decímetros cúbicos o cincuenta y cinco kilos. Ahora bien, si la densidad del agua es uno, dejando de lado sea dulce o salada, puesto que las diferencias son muy poco apreciables, la densidad del oro es diecinueve coma treinta y dos veces mayor. Eso significa que mientras un decímetro cúbico de agua, o sea un litro, pesa un kilo, un volumen semejante de oro, pesa diecinueve kilos y trescientos veinte gramos. Y puesto que aquí tenemos cincuenta y cinco decímetros de oro, el peso total de la estatua es de mil sesenta y dos kilos... quizá algo más, puesto que la cabellera es maciza, como puedes apreciar fácilmente y eso añadirá acaso algún kilo de peso al total del conjunto.

»Ahora bien, en esa cifra de kilos, hay unas treinta y cinco mil quinientas onzas de oro, y si tenemos en cuenta las últimas cotizaciones en las Bolsas, a trescientos setenta y cinco dólares la onza, el valor total de esa tonelada larga de oro es de algo más de catorce millones de dólares.

El amigo de Galway recitó casi todo su parlamento de una tirada y sin tomar aliento. El que lo perdió fue Galway.

Al cabo de unos momentos, Galway se sintió de nuevo en

condiciones de hablar.

—Esta estatua, ¿no es acaso un capricho de algún tipo lleno de riquezas? —exclamó.

—Sí, ciertamente —convino Smith—. Pero no me mires a mí; yo no soy el culpable. Es más, si de mí hubiera dependido, no habría estatua.

—No entiendo...

—La estatua pertenece a un tal Rhein Faversham, que fue quien la encargó, facilitando, como es lógico, el oro necesario. El artista se llama Cyril Burleigh. Y el nombre de la modelo es Carol Zachary.

—Sabes muchas cosas —dijo Galway, admirado.

—Sí —contestó Smith con cierta displicencia—. Pero, en cambio, ignoro el paradero actual de la modelo. Por eso estás aquí, Pip.

—Sigo sin entender...

—Pip, busca a la modelo. Encuéntrala y llévala a mi casa. Ahora, cuando salgamos, te daré un cheque para los primeros gastos. Si necesitas más dinero, pídemelo sin vacilar. Gasta todo lo que sea necesario, pero encuentra a Carol.

Galway se quedó atónito.

—Pero...

—Hablo en serio, absolutamente en serio —dijo Smith con gran énfasis—. Quiero que encuentres a Carol Zachary.

—¿Acaso piensas encargar otra estatua?

—No. Quiero casarme con ella.

—Ah... Y ella, ¿quiere casarse contigo?

—Sí.

—Entonces, tienes que saber a la fuerza dónde está.

—Si lo supiera, Pip, no te pediría que la buscaras.

Hubo un momento de silencio. Galway, al fin, empezó a comprender a su amigo. Smith, exteriormente, aparecía serio, pero interiormente debía de padecer los mil tormentos del infierno.

—¿No será un capricho? —aventuró.

—Carol y yo estamos locamente enamorados —dijo Smith, que en ningún momento había lazado la voz—. Simplemente, no podemos vivir el uno sin el otro. Pero hace ya más de un mes que ha desaparecido y en todo ese tiempo no he tenido noticias suyas.

—¿Temes que haya podido sucederle algo malo?

—No. Estoy seguro de que vive, aunque ignoro en absoluto dónde ha podido esconderse.

—También ignoras los motivos de su actitud.

—En efecto, así es. Yo quería haberme casado antes, pero Carol me pidió que esperase un poco, a fin de que Burleigh pudiera terminar la estatua. Dijo que sería su última actuación como modelo de arte y, en efecto, me llamó por teléfono para anunciarme que el escultor había concluido la obra y que al día siguiente nos veríamos para concretar los detalles de la ceremonia, así como la fecha. No he vuelto a tener noticias suyas, Pip.

—¿Se te ocurrió denunciar el hecho a la policía?

—No quiero publicidad —contestó Smith—. En los primeros momentos, pensé que Carol habría sufrido una depresión nerviosa. Se me ocurrió la idea de que podía haberse ido a alguna parte a descansar, sola, sin contactos con personas ajenas, pero, francamente, ha pasado ya demasiado tiempo y sigo sin saber dónde está.

—¿Has hablado con Burleigh?

—Efectivamente, pero me dijo que Carol, aquella misma noche, abandonó su estudio y que no ha vuelto a tener noticias suyas. Eso, y una fotografía suya que luego te daré, es todo cuanto puedo decirte por el momento.

Galway apreciaba demasiado a su amigo para no atender lo que consideró una desesperada petición de ayuda. Pero, al mismo tiempo, sospechaba lo peor para la hermosa modelo de aquella incomparable obra de arte.

De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, se acercó a la estatua y la golpeó con la uña del dedo medio. El sonido era mate.

—No te molestes —dijo Smith—. Fue lo primero que pensé yo y hace días comprobé que la estatua es de oro macizo. No, Carol no está ahí, muerta y envuelta en una capa de oro. Sigue viva pero, repito, ignoro dónde.

Galway retrocedió.

—La encontraré —prometió.

—No regatees esfuerzos ni dinero —pidió Smith—. La quiero y ella me ama profundamente. Si no está ya a mi lado, se debe, sin duda, a razones muy poderosas, que desconozco por el momento. He venido a diario desde que se abrió la exposición. Muchas

modelos acuden luego a verse reflejadas en la estatua o en el cuadro para el que posaron, pero Carol no ha acudido un solo día. Búscala, Pip, búscala.

Por primera vez en todo el tiempo, se quebró la voz de Smith. Galway se sintió impresionado por la honda pena que devoraba a su amigo y asintió en silencio.

Miró una vez más a la estatua. Si Carol ya era bella en imagen, ¿qué no sería en la realidad?, se dijo.

Y, en aquel instante, se formó el firme propósito de encontrar a la hermosa joven que había conseguido conquistar el hasta entonces inconquistable corazón de su amigo.

Al día siguiente, cuando se levantó, lo primero que, hizo Galway fue, como de costumbre, leer los periódicos, durante el desayuno. Había una noticia en primera plana.

La estatua había sido robada.

Era una noticia de primera magnitud. Ninguno de los vigilantes de la galería de arte podía declarar cómo se había realizado el robo. Todos ellos coincidían en una cosa: la galería había sido gaseada, sin duda a través de los contactos del aire acondicionado, y todo su interior se había llenado en pocos minutos de un gas altamente narcótico, inodoro e invisible, lo que había hecho imposible cualquier reacción por parte de los vigilantes, quienes se habían dormido sin saber lo que les pasaba. Entonces, los ladrones habían entrado para llevarse la estatua, cosa que habían logrado ya sin el menor obstáculo.

Un detalle, sin embargo, llamaba la atención de los informadores: ¿Cómo habían conseguido los ladrones remover de su pedestal aquella estatua aparentemente ingravida pero, que, en realidad, pesaba más de una tonelada?

El dueño de la estatua estaba que se tiraba pelos, lógicamente: no sólo había perdido una maravillosa obra de arte, sino que también se le habían esfumado nada menos que catorce millones de dólares en oro.

La desesperación de Rhein Faversham era comprensible.

CAPÍTULO II

El estudio de Cyril Burleigh era grande, con la mitad del techo de cristal translúcido, a fin de conseguir más luz, y aparecía rebosante de estatuas y fragmentos de éstas, así como de bocetos en telas y en grandes trozos de arcilla de modelar. Sobre un pedestal, Galway divisó una escultura oculta por una gran tela, que levantó un poco. Debajo del tejido, que apreció húmedo, había una figura de mujer en arcilla. Era preciso reconocer el arte de Burleigh. Aun siendo figurativo, había conseguido dar a sus obras una nueva dimensión, que les confería un innegable atractivo, tanto para los profanos, como para los entendidos en la materia, aunque algunos de éstos fuesen furibundos partidarios de lo abstracto en el arte. Sí, Burleigh estaba poseído por la diosa inspiración y su nombre acabaría un día siendo tan célebre como el de los grandes maestros de la escultura.

La puerta del estudio se abrió de pronto. Galway oyó una voz áspera:

—¡Deje eso inmediatamente! ¿Quiere estropear mi última obra de arte?

Galway se volvió en el acto. Burleigh le miraba con ojos llameantes de indignación. Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, rechoncho y con una flotante papada, que parecía un segundo cuello. El pelo era muy escaso y en sus buenos tiempos había tenido un color pronunciadamente rojizo. Ahora era del color de la zanahoria, desvaído y lacio.

—Lo siento —se disculpó el visitante—. No pude imaginar que...

—¿A qué ha venido usted? —preguntó Burleigh—. Otro periodista, ¿eh? Estoy harto de contestar a todos lo mismo: una vez terminada la estatua, se llevó al dueño y eso es todo lo que sé. No tengo nada que ver con el robo ni sé quiénes puedan ser los ladrones ni dónde han podido llevarse la estatua. Lo único que me

importa es la estatua en sí; ahora, esos hijos de puta, la fundirán en lingotes para vender el oro...

—Dispénseme, señor Burleigh —cortó Galway—. Aun a riesgo de aumentar su enojo, debo decirle que la estatua no me importa en absoluto. Bueno, sí, deploro profundamente el robo y sentiría mucho más que los ladrones hicieran lo que usted piensa: es decir, trocearla, para fundirla luego en lingotes fácilmente vendibles... Pero mi interés está centrado en la modelo.

Burleigh enarcó las cejas.

—¿Se refiere usted a Carol Zachary?

—Sí, exactamente.

—Bueno, no sé qué puedo decirle de ella... Hace tiempo que no la veo, señor... ¿Cómo dijo que es su nombre?

—Se lo dije a su criado —sonrió el visitante—. Thornton Galway.

—Bien, señor Galway. No sé nada de Carol, eso es todo.

—Pero hace un mes usted habló con ella...

—Sí, el último día de sus sesiones de pose para mí.

Galway miró de reojo al artista.

—El último día... ¿Y se pudo fundir la estatua en tan poco tiempo, teniendo en cuenta que la exposición se iba a abrir al público una semana más tarde? Por lo que yo sé, primero tuvo que modelar a Carol en arcilla, dejar que se secase, y luego tomar los moldes de tierra refractaria, para poder vaciar el oro fundido...

Burleigh emitió una sonrisita de superioridad.

—Eso fue hace mucho tiempo —corrigió—. En realidad, la estatua había sido fundida ya y fue traída al estudio, para que yo pudiera corregir algunas de sus imperfecciones, mediante el esmeril y la rueda de pulimento. Naturalmente, necesitaba al original, pero, apenas terminé la obra, Carol se despidió de mí y eso, insisto, es todo lo que sé de ella.

Galway señaló la estatua cubierta por una tela húmeda.

—¿No ha vuelto a posar para usted?

—Es otra modelo y se llama Doris *Hack*. De Carol no sé nada.

De repente, se abrió la puerta del estudio y entró una muchacha de pelo negro, corto, y esbelta figura, que parecía bastante indignada.

—Hola —dijo—. Señor Burleigh, quiero hablar con usted. Ahora,

inmediatamente. No me venga con excusas, porque no pienso aceptarle ninguna. Simplemente, quiero que me pague lo que me debe. Necesito ese dinero, ¿comprende?

Burleigh parpadeó.

—Doris...

—El dinero —exigió la recién llegada—. Estuve posando para usted treinta días, exactamente. El trato fue de cincuenta dólares por sesión. Me anticipó lo correspondiente a diez días, pero no volvió a darme un céntimo y quiero los mil dólares que faltan. ¿Está claro?

Galway miró de reojo al escultor, cuyas redondas facciones aparecían enrojecidas desde la frente a la papada.

—Yo... Bueno, Doris, quiero decirle que...

Ella puso una mano en la cadera.

—¿Es que va a contestarme que no tiene dinero, después de lo que cobró por la rubia de oro puro? Le pagaron cien mil dólares, lo sé de muy buena tinta, y eso no se gasta tan fácilmente, por mucho que usted se queje de lo caros que están hoy los materiales. Así que afloje la pasta o...

—Pero, Doris, en estos momentos, yo...

Súbitamente, la chica agarró un gran martillo y, acercándose a la estatua cubierta, agarró la tela y la apartó de un tirón. Luego alzó la mano que sostenía el martillo.

—Si no me paga lo que me debe, no habrá estatua —dijo resueltamente.

—¡No, no! —chilló—. Aguarde un momento, Doris; iré a traerle su dinero... Perdóneme, pero en los últimos tiempos he tenido muchos gastos... Espere, espere...

Burleigh se alejó a la carrera, haciendo que su bata revolotease como si fuera las alas de un gran pájaro. Galway y Doris quedaron unos momentos a solas.

—De modo que usted es Doris *Hack* —sonrió el joven.

—Ése es mi nombre —confirmó ella—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Me llamo Thornton Galway. Vine a saber noticias de Carol Zachary, la modelo de la estatua de oro. Estoy buscándola. ¿Sabe algo de ella?

—Burleigh nos presentó el día en que vine a contratarme como modelo. Hablamos unos momentos, pero no he vuelto a verla más

—respondió Doris.

Burleigh apareció en aquel momento, con unos billetes en la mano. Doris contó el dinero y lo guardó en su bolsillo.

—Estamos en paz —dijo secamente.

Galway entendió que también debía despedirse. Sacó una tarjeta de visita y se la entregó al escultor.

—Si tiene noticias de Carol, no deje de avisarme —rogó.

Ceñudo, Burleigh guardó silencio.

En la acera, Doris tendió una mano a Galway.

—Celebro haberle conocido —sonrió—. Y ojalá encuentre a Carol.

—Gracias, señorita *Hack*. —Galway miró a su alrededor y vio que la chica permanecía quieta. Sin duda esperaba un taxi, dedujo—. ¿Me permite llevarla en mi coche? —invitó.

—Se lo agradeceré —aceptó ella en el acto—. Estaba pensando en comprarme uno, pero mis asuntos no marchan demasiado bien por ahora, y eso que he encontrado un empleo. Sin embargo, pasará algún tiempo antes de que pueda tener el dinero suficiente para un coche.

—Debo suponer, por tanto, que no piensa seguir posando como modelo —dijo Galway, a la vez que abría la portezuela de su automóvil.

—No. Los artistas que hay no pagan apenas y para uno que se encuentra con dinero suficiente, resulta... un trabajo asqueroso.

—Se refiere a Burleigh, sin duda.

—Claro —contestó Doris—. No sé qué haría con Carol, pero sí sé lo que quiso hacer conmigo. Y no me gustó. Usted lo entiende, creo.

—Por supuesto.

—Es un tipo sucio, rijoso, verdaderamente repugnante... en el sentido humano, aunque sea un verdadero artista. Además, es tacaño y grosero... En fin, ha sido un mes de auténtico tormento, que, por fortuna, ha pasado ya.

—Lo celebro —sonrió Galway.

—Oiga, ¿por qué busca a Carol? —preguntó ella de súbito.

—Ha desaparecido.

—¡Caramba! ¿Cree que ha podido sucederle algo malo?

—Eso es, precisamente, lo que trato de averiguar, Doris. ¿Me

permite que la llame así?

—Claro —sonrió la chica—. Su nombre es...

—Thornton, pero todos me dicen Pip. Cosas de mi madre. Empezó a llamarme así cuando empezaba a andar y la cosa continúa treinta años después.

—Las madres, ya se sabe —dijo Doris jovialmente—. ¿Conocía usted a Carol?

—No la he visto en mi vida.

—Entonces, ¿por qué la busca?

—Un amigo mío tiene interés en encontrarla.

—Ah, es usted detective...

—Algo por el estilo. Doris, le dejaré una tarjeta; si averigua algo no deje de avisarme. El teléfono tiene una grabadora conectada.

—Descuide... Oiga, ¿se ha enterado del robo de la estatua?

—Claro. La noticia es de primera plana.

—Una tonelada de oro —suspiró Doris—. La de cosas que haría yo con una fortuna semejante. Pero ¿cómo habrán podido llevarse una cosa tan pesada?

—Yo me imagino el procedimiento, que no ha debido de resultar demasiado difícil —contestó Galway.

—A ver, cuénteme —pidió la muchacha, muy interesada—. Desde luego, ha sido un golpe tremendamente audaz... aunque es una lástima que hagan trozos una obra de arte, para obtener sólo provecho de lo que es simplemente el metal.

—A los ladrones, me imagino, el arte les tiene sin cuidado. Catorce millones de dólares en oro borran todos los escrúpulos artísticos, Doris.

—Eso sí es cierto —convino ella—. Dígame, ¿cómo lo hicieron?

—Bien, yo supongo que lo tendrían perfectamente planeado, para no cometer errores, incluyendo el de la pérdida de tiempo. Estoy casi seguro de que los ladrones, una vez narcotizados los vigilantes, entraron en la galería de arte, con las piezas de metal suficientes para armar una cabria.

—Por medio de la cual, izarían la estatua, ¿no?

—En efecto.

—¿Y después?

—Sin duda, llevaron una camilla con ruedas, parecida a las usadas en los hospitales, aunque, lógicamente, reforzada para poder

soportar el peso de una tonelada. Sacaron la camilla a la calle, con su carga, y afuera les esperaba un camión con grúa. Pusieron la estatua en el camión y...

—La del humo —rió Doris—. Lo que viene después, ya es sencillo, ¿no le parece?

—Sí, claro. Viene la fundición de la estatua, el vertido de la masa en moldes, para obtener lingotes fácilmente transportables... y luego, como es de suponer, la venta.

—En total, han conseguido una fortuna, aunque vendan el oro a la mitad de su precio.

—Aun cuando lo vendan por la cuarta parte de su valor, obtendrían más de tres millones, que tampoco es una fruslería.

En aquel momento, Galway se vio obligado a frenar, debido a que un semáforo se había puesto rojo. Casi en el mismo instante, otro coche se situó al lado.

Galway volvió la cabeza maquinalmente. Entonces vio a un individuo en el otro coche, que le apuntaba con una pistola, oculta parcialmente bajo un periódico doblado.

—Señor Galway —dijo el individuo—, cuando el semáforo se ponga verde, arranque a velocidad moderada. Manténgase constantemente a mi altura o le volaré los sesos. ¿Está claro?

CAPÍTULO III

En aquellos momentos, se encontraban en una avenida apenas transitada, Galway apreció que el otro coche estaba ocupado por dos individuos. El rostro del conductor le pareció vagamente conocido, pero, en cambio, el hombre que le amenazaba con el arma le resultaba absolutamente desconocido.

Doris lo vio también y lanzó un gemido, de susto. Galway le dio una palmadita en la mano.

—No tema —bisbiseó. Levantó un poco la voz—. De acuerdo, amigo.

El semáforo cambió a verde. Galway pisó suavemente el acelerador. El coche respondió satisfactoriamente.

—Siga así —ordenó el pistolero.

Los dos vehículos aceleraron simultáneamente. Cien metros más adelante, Galway alargó la mano derecha y tocó un interruptor situado en la consola central. El cristal de su ventanilla empezó a elevarse por medio del mando eléctrico correspondiente.

El pistolero se dio cuenta de la maniobra y lanzó un rugido de cólera. Dudó un segundo y luego apretó el gatillo.

El cristal absorbió sin dificultad el impacto de la bala. Al mismo tiempo, Galway pisó el acelerador a fondo y el coche arrancó raudamente. Doris, asustada, chilló.

—No temas —sonrió él—. Los cristales son a prueba de bala.

El otro automóvil se situó a la zaga del de Galway, quien, a los pocos instantes, se metió por una calle transversal, que daba directamente al campo. Doris volvió la cabeza y vio al coche perseguidor a menos de treinta metros. El pistolero tenía medio cuerpo fuera y hacía fuego incesantemente con la pistola. Doris apreció unas ligeras estrías en la luneta posterior.

—Nos disparan —gritó.

—Ya lo sé —contestó él.

—Pueden reventar los neumáticos...

—No —dijo Galway firmemente—. Aguarde un momento y verá.

Doris se volvió de nuevo. El pistolero estaba metiendo un nuevo cargador en la culata de la pistola. En el mismo instante, Galway tocó otro interruptor.

Algo se desprendió de la zaga del coche. Doris vio unos objetos brillantes que saltaban por el suelo. De súbito, oyó un fuerte estampido.

Uno de los neumáticos del coche perseguidor había reventado. Sorprendido, el conductor trató de dominar el volante. Casi en el acto, se oyó otra detonación.

El coche, lanzado a toda velocidad, se desvió súbitamente y salió de la calzada, como disparado por un gigantesco cañón. Destrozó un seto, rodó vertiginosamente por un terraplén y acabó dando vueltas, antes de explotar como una bomba.

Las llamas envolvieron inmediatamente el vehículo. Doris, espantada, vio que no salía nadie de su interior.

—¡Dios mío, se han matado! —exclamó.

—Ellos se lo han buscado —contestó Galway fríamente.

Ella le miró, muy impresionada.

—¿Cómo puede hablar así? —exclamó en tono de reproche.

—Eran profesionales de la pistola y quisieron matarnos. Eligieron una profesión peligrosa, eso es todo.

—Creo que le comprendo... pero su oficio, tampoco...

—Yo no amenazo a nadie, ni siquiera uso armas —respondió Galway apaciblemente—. Investigo, consigo resultados, emito informes y cobro las minutas de honorarios, y todo ello sin causar daños a las personas. Si no hubiese llevado un cristal a prueba de bala, ahora tendría el cráneo atravesado.

Galway había detenido el coche y señaló el punto de impacto de la bala disparada por el pistolero.

—Ese hombre no bromeaba cuando me ordenó seguirle —añadió.

Doris inspiró fuertemente.

—Creo que... tiene razón —dijo por fin—. ¿Qué piensa hacer ahora?

Galway esbozó una sonrisa.

—Todavía no me ha dicho adónde he de llevarla —contestó.

Por la tarde del mismo día, Galway detuvo su coche ante la cancela de entrada a una residencia, rodeada por una elevada tapia de mampostería, en cuya entrada se advertía una sólida alambrada de espino la cual, supuso, debía de estar electrificada, para desánimo de posibles intrusos. La tapia encerraba un extenso parque, con numerosos árboles, entre los que se adivinaba una lujosa mansión, de blancas paredes y tejado rojo. Un hombre uniformado, con pistola al cinto, acudió a la cancela a los pocos segundos.

—¿Qué desea? —preguntó sin demasiada amabilidad.

—Me llamo Thornton Galway —contestó el joven, que ya se había apeado del coche—. Deseo hablar con el señor Faversham.

—Está bien. Consultaré si puede recibirle.

Galway sacó tabaco y encendió un cigarrillo. El vigilante se retiró a una caseta situada al otro lado de la tapia. A los pocos momentos, se hizo visible nuevamente.

—El señor Faversham le recibirá enseguida —anunció—. Sin embargo, debe permitir que le registremos. Es la norma.

—Claro —sonrió Galway.

A los pocos segundos, apareció otro vigilante, igualmente uniformado, pero con la novedad de que venía acompañado de dos enormes perros, atraillados en la mano derecha. Eran dos magníficos ejemplares de «Doberman-pinscher», negros como la noche y de un peso no inferior a los setenta kilos. Aquellos animales, pensó Galway, eran la mejor protección que podía tener el dueño de la residencia.

La cancela se deslizó silenciosamente a un lado. Galway avanzó unos cuantos pasos. El primer vigilante se le acercó.

—No intente nada o mi compañero soltará los perros —advirtió.

Galway separó las manos del cuerpo. El hombre le registró minuciosamente. Luego se retiró un poco.

—Siga el sendero central. Encontrará al señor Faversham en la piscina —indicó.

—Muy bien.

Galway echó a andar. El otro guardia retenía a los perros. De pronto, uno de los canes empezó a menear la cola. Galway se le acercó.

—¡No lo haga! —chilló el sujeto, asustado.

Galway sonrió y acarició la cabeza del can, que se irguió de pronto y apoyó sus patas en el pecho del visitante. El otro perro trató de imitarle. Galway se sentía muy satisfecho, acariciando a los canes.

—Son estupendos —dijo, sonriendo.

—Es... increíble —exclamó el vigilante—. ¿Cómo los ha amansado?

—Saben que soy buena persona —contestó Galway—. Adiós, chicos —se dirigió a los perros—. Portaos bien, ¿eh?

Los canes contestaron con unos cuantos alegres ladridos y abundantes meneos de la cola. Su cuidador se sentía absolutamente desconcertado.

—No entiendo qué les ha podido dar...

—A lo mejor le conocían de tiempo atrás —apuntó el otro guardia.

—¡Pero si nunca había estado aquí!

—¿Y tú qué sabes? El patrón tiene demasiadas amistades y no conocemos a todos. Lo mejor será que te lleves los perros; a mí me dan mucho miedo, si quieres que te diga la verdad.

Los canes parecían haberse vuelto nuevamente ariscos y gruñían amenazadoramente. Su cuidador tiró de la trailla y regresó por el mismo camino que a la ida.

Galway llegaba en aquel momento a la piscina, junto a la cual se hallaba sentado un hombre de unos cincuenta años, grueso, pero robusto y con el pelo entrecano tan áspero como un cepillo de cerdas. Rhein Faversham estaba examinando los papeles contenidos en una carpeta y se quitó los lentes al ver llegar a su visitante.

—Es un placer conocerle, señor Galway —manifestó amablemente—. He oído hablar mucho de usted y sé que tiene una fama justificadamente merecida.

—Gracias, señor Faversham, aunque tengo la sensación de que buena parte de esa fama se debe a una publicidad que, ciertamente, yo no he buscado. Pero las cosas son así y hemos de soportarlas lo mejor posible, ¿no le parece?

—Encantador —rió Faversham—. Señor Galway, si le apetece beber, sírvase usted mismo. En esa mesita encontrará sin duda la bebida de su predilección.

—Tomaré un jerez —dijo el joven.

—Y no sé nada sobre el robo de la estatua —añadió el dueño de la residencia.

—Se anticipa usted a mis preguntas, señor.

—Conociéndole, es fácil adivinar el motivo de su visita. Lo siento enormemente, pero no sólo he perdido el valor intrínseco de una gran obra de arte, sino lo que es peor, los catorce millones de dólares que valía el oro en que había sido realizada.

Galway contempló su copa al trasluz. Olió luego el contenido, probó un poco con la punta de la lengua, cerró los ojos y acabó escupiendo a un lado, a la vez que dejaba la copa sobre la mesa.

—Dispense el gesto, pero no he podido contenerme —se excusó.

—Es un buen jerez —protestó Faversham.

—Sólo la etiqueta y, probablemente, también ha sido falsificada. Es jerez sudafricano, inaceptable para una persona de mediano paladar.

—Hablaré con mi proveedor —gruñó el dueño de la residencia

—. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor Galway?

—Sí, señor. Dígame dónde está la señorita Zachary.

Faversham se echó hacia atrás en la butaca y contempló fijamente al joven.

—Sólo la he visto dos veces en mi vida —contestó—. La primera, al contratarla como modelo para la estatua y otra vez, en una de las sesiones de pose, en el estudio de Burleigh. No he vuelto a verla más.

—De modo que fue usted quien la contrató —dijo Galway.

—Sí. Se lo propuse a Burleigh, después de haber visto a Carol en las portadas de algunas revistas, y el artista aceptó. Entonces, hice llamar a Carol y le propuse un trato.

—¿Pagó usted a la modelo?

—Cincuenta mil dólares.

—Una bonita suma por hacer de modelo para un artista afamado.

—Valía la pena. Esa chica tiene un cuerpo maravilloso. Era, precisamente, lo que andaba buscando desde hacía mucho tiempo.

—Es decir, su idea de tener una estatua como la que robaron, data ya de algunos meses.

—Años, diría yo. Naturalmente, una tonelada de oro no se reúne con tanta facilidad como la gente supone.

—Sí, son muchos kilos de oro —convino Galway pensativamente—. ¿Por qué hacer, precisamente, de oro esa obra de arte?

—Un capricho... y una inversión —sonrió Faversham—. Hace un año, esa tonelada de oro valía la mitad de lo que hoy vale. ¿No le parece una buena idea, dejando de lado el precio, invaluable, de la obra de arte?

—Según los puntos de vista de cada cual, por supuesto. No conozco a la señorita Zachary, pero yo prefiero pensar en ella, reproducida en mármol de Carrara. Habría quedado infinitamente mejor...

—Pero menos valiosa —sonrió Faversham.

—Eso sí es cierto. De modo que pagó a la modelo...

—Y al escultor. Burleigh me costó cien mil dólares. Además, corrieron de mi cuenta todos los gastos de material, fundición y demás. El resultado no fue nada barato, créame.

—Me lo imagino fácilmente —dijo Galway—. Así que le resulta imposible darme el menor dato sobre el paradero de Carol Zachary.

—¿Qué le hizo suponer que yo debía saber algo sobre esa chica?

—Me han encargado buscarla. Creo que he de preguntar a todas las personas que, de una forma u otra, han tenido alguna relación con ella.

—Cobró cincuenta mil dólares. Habrá ido a gastárselos a algún sitio donde pueda divertirse: Las Vegas, Miami, las Bahamas, quizá a Europa... ¿Quién le ha encargado buscarla?

—Perdón, pero no considero prudente mencionar a mi cliente.

—Sí, es muy justo —concordó Faversham—. Repito que lo siento, pero no puedo hacer nada en su favor.

—En tal caso, sólo me queda agradecerle el recibimiento y solicitar me dispense la pérdida de tiempo que le he causado.

—No ha tenido importancia, al contrario, repito que ha sido un placer conocerle.

En aquel instante, Galway adquirió la convicción de que Faversham sabía algo más de lo que pretendía dar a entender. Pero no le era posible forzarle a unas respuestas que, sin duda alguna, se reservaba para sí mismo.

Sonrió.

—También yo me siento muy honrado de conocerle —dijo—. Ah, perdón, la última pregunta, por favor.

—¿Sí?

—¿Cree que los ladrones han podido trocear la estatua, para fundir el metal y conseguir así una venta más fácil?

El semblante de Faversham se convulsionó un instante.

—Si es así, y la policía los encuentra, haré que los metan en la cárcel para el resto de sus días —dijo con muy duro acento.

—Se lo merecerán —contestó Galway.

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la salida, que efectuó sin ningún contratiempo. Subió a su coche y emprendió el regreso a su casa.

Al llegar, oyó unos alegres ladridos en el jardín contiguo. Se apeó y caminó hasta el seto que dividía las dos propiedades. Un hermoso perro lobo saltaba alegremente al otro lado.

—Hola, «Kira» —saludó el joven, a la vez que alargaba la mano para acariciarle la cabeza.

Sonrió para sí. La perra estaba en celo. Antes de salir de casa, había realizado una maniobra semejante. Sin duda, los sabuesos de Faversham habían captado el olor de la hembra y por ello se habían mostrado tan mansos.

La dueña de «Kira» salió al porche y la llamó. El animal se alejó a la carrera. Galway saludó a la mujer y entró en su casa.

Entonces fue cuando vio a Doris *Hack*, sentada en un butacón, con las piernas cruzadas y un periódico de la tarde en las manos.

CAPÍTULO IV

—Aquí indica los nombres de los ocupantes del vehículo incendiado —dijo la muchacha, sin abandonar su postura.

—Interesante —comentó él, a la vez que se dirigía hacia el bien provisto bar que había en un ángulo del vasto salón—. ¿Cómo ha entrado en mi casa?

—Me recibió su ama de llaves —explicó Doris—. Dijo que se marchaba, puesto que ya había terminado su tarea, y no opuso resistencia a que me quedase aquí aguardándole —ella le miró suspicazmente—. Parece ser que la señora Hampton está acostumbrada a peticiones semejantes, ¿no?

—No sea mal pensada. La señora Hampton es una excelente psicóloga y supo muy pronto que podía dejarla en casa sin temor alguno. ¿Le apetece algo de beber?

—Gracias, pero ya he tomado café. ¿Ha conseguido algo?

—No. Estuve hablando con el dueño de la estatua, pero no sabe dónde se encuentra Carol. Oiga, ¿por qué le interesa tanto este asunto?

—Si su coche no fuese un tanque, yo también podría haber muerto hoy, ¿no lo recuerda?

—Sí, es cierto, pero si el coche no estuviese blindado, yo habría obedecido a aquel matón.

—Y, además, emplea trucos como los de James Bond...

—Algunos, solamente. No llevo lanzallamas, ni descargador de aceite ni ametralladoras en el morro. Prácticamente, sólo dispongo de la radio, un pequeño radar, infrarrojos para visión nocturna, el lanzador de tachuelas... y, claro está, un motor fuera de lo normal. Podría llegar a los trescientos por hora, si fuese, necesario, ¿sabe?

Doris silbó.

—Un auténtico bólido —calificó.

—A veces, resulta muy útil —sonrió Galway—. ¿Me permite el

periódico un momento?

—Claro, hombre.

Galway leyó rápidamente la noticia y luego reflexionó durante unos momentos. Estuvo a punto de ir al teléfono, pero se contuvo, pensando en que Doris estaba presente. Parecía una buena chica, vivaz, atractiva, desenvuelta y muy guapa, pero convenía no fiarse demasiado, al menos, tan pronto.

Más tarde hablaría con su amigo, quien estaba muy bien relacionado con altas esferas de la ciudad. Smith conseguiría para él algunos datos que, de otro modo, le habría costado mucho tiempo averiguar. O quizá no lo hubiera logrado nunca. Smith, en suma, sabía quién tenía acceso a la computadora de la policía.

Y eso era lo que necesitaba.

Miró a la chica y sonrió.

—Doris, creo que en la nevera hay algo comestible. ¿Le gustaría cenar conmigo?

Ella se puso en pie de un salto.

—Deje que yo me ocupe de todo —exclamó—. Le aseguro que no tendrá que arrepentirse de tenerme como cocinera. Conmigo, la palabra bicarbonato está absolutamente prohibida, ¿lo entiende?

—Espero que sea verdad —deseó él jovialmente.

Entró en el tugurio mediada la tarde del día siguiente y se acercó al mostrador. La mujer que había al otro lado le miró recelosamente.

—Deja un pavo para dos tragos —pidió secamente.

Galway asintió. Llevaba una barba postiza de varios días y sus ropas pedían a gritos otras nuevas. Cualquiera que le hubiera visto habría pensado en el acto que se trataba de un hombre derrotado por la vida. Galway sabía caracterizarse muy bien y adoptaba distintas personalidades según la ocasión. Su amigo Smith le había aconsejado más de una vez que se dedicase al teatro en donde, aseguraba, tendría un brillante porvenir, pero Galway prefería su trabajo, del que se sentía muy satisfecho en todo momento.

—Está bien. —Sacó un billete arrugado y mugriento y lo dejó encima del nada limpio mostrador—. Me conformo con un trago, así que puedes quedarte con la vuelta.

La barmaid hizo desaparecer el billete instantáneamente.

—¿Buscas a alguien? —Adivinó.

—Me han dicho que aquí podría encontrar a Vern Sheeton el Grajo. ¿Es eso cierto?

—Y si lo fuera, ¿qué? ¿Por qué lo buscas? ¿Quién diablos eres tú?

—Pete El Sarna. Anda, dile que quiero hablar con él. Es muy urgente.

Ella le miró con recelo.

—Si no me dices antes...

—¿Por qué no le mencionas la rubia de oro? Dile eso solamente; él lo entenderá, te lo aseguro.

—Está bien.

La mujer se alejó del mostrador hacia una puerta situada hacia el final y regresó a los pocos momentos.

—Sígueme —dijo.

Galway echó a andar tras ella. Cuando entraban en un oscuro y maloliente pasillo, alargó una mano y la metió por el escote con todo desparpajo.

Ella intentó protestar. Galway oprimió con fuerza aquel mantecoso seno.

—Vern me va a pagar bien el «soplo» que le traigo —dijo—. A la noche, vendré a buscarte. Entonces, sabrás qué es un hombre.

Pellizcó el pezón y ella emitió un gruñido casi animal. Galway se dio cuenta de que estaba muy excitada.

—Aquí —dijo la barmaid de pronto, deteniéndose ante una puerta—. Entra, pero ten en cuenta que Vern está acompañado de dos buenos amigos. No me gustaría que te estropeasen la noche.

—Lo procuraré —rió él.

Y abrió la puerta.

Tres rostros le miraron de inmediato. Vern Sheeton era un sujeto bajito, menudo, relamidamente vestido y con los dedos llenos de sortijas. En la corbata estridentemente roja se percibía el cegador brillo de un diamante de medio dedo de grueso.

Los otros dos eran matones, rudos, habituados a dar y a recibir golpes, además de otras cosas aún peores. Galway adivinó en el acto que todos ellos estaban armados.

—De modo que tú eres Pete el Sarna y me traes buenos informes de la rubia de oro —dijo Sheeton, tras una corta pausa de silencio.

—Sí, pero preferiría hablar a solas contigo...

—Ni lo sueñes. Floyd Lester y Dull Spatton son dos buenos amigos y confío en ellos absolutamente. Suelta lo que tengas que decir o lárgate —contestó Sheeton abruptamente.

—Está bien, pero... al menos, ¿cuánto me vas a pagar por el «soplo»?

—Habla primero. Después, ya pensaré algo, si la cosa vale la pena.

Galway inició una media vuelta.

—Quizá otros lo sepan apreciar mejor —dijo.

Sheeton hizo un gesto con la cabeza. Lester se levantó en el acto y, agarrando al joven por el cuello, le hizo volverse en redondo. Galway cayó bruscamente sobre el matón y le abrazó con fuerza, como si quisiera evitar desplomarse sobre el suelo.

—Suéltame —gruñó Lester—. Maldito piojoso...

Galway consiguió enderezarse al fin. Lester lo apartó de un empujón.

—Habla, estúpido —ordenó.

Galway sonrió. Tenía la mano derecha a la espalda y, de pronto, la hizo aparecer.

Lester blasfemó.

—¡Maldición, me ha quitado la pistola!

Sheeton dio un salto en su asiento. Spatton movió la mano derecha, pero Galway le apuntó en el acto con el arma que había arrebatado a su compinche.

—Quieto, chico —dijo—. Tu cabeza está oliendo a pólvora.

Spatton retiró la mano instantáneamente.

—¿Quién diablos eres? —preguntó, hosco.

—Ya lo has oído antes: Pete El Sarna. Pero no he venido a traer informes de la rubia de oro, sino a buscarlos.

Galway tanteó la pistola y le quitó el seguro. Luego encañonó directamente al jefe del trio.

—Vern, ayer mañana, dos tipos quisieron volarme la cabeza —continuó—. Supongo que ya estás enterado de que Rodder y Clay murieron en el accidente. Tú les enviaste a secuestrarme, ¿no es así?

Sheeton tragó saliva. La situación se había invertido radicalmente en unos pocos segundos. Ahora era aquel jovial desconocido el que dominaba el ambiente por completo.

—Sí —admitió con un hilo de voz.

—Bien, ¿por qué?

—No... nos lo ordenaron.

—¿Quién?

—No la conozco.

—Ah, es una mujer.

Sheeton asintió, tragando saliva nuevamente. Galway entrecerró los ojos.

—Descríbela —ordenó.

—E. era de buena estatura, morena... al menos, eso me pareció, bien formada... No pude verle apenas la cara. Estaba muy oscuro.

—¿Cómo vestía?

—Pues... un chaquetón, pantalones... Todo era de color oscuro, negro o azul marino.

—¿Viste algún detalle, alguna joya, pendientes?

—No, no me fijé apenas.

—De acuerdo. ¿Qué te dijo?

Sheeton crispó las manos en el borde de la mesa.

—De... debíamos secuestrarle... y si se negaba...

—Ya entiendo —dijo Galway, sarcástico—. ¿Puedo saber adónde pensabais llevarme?

—De momento, a un almacén desocupado en la Calle Octava. Luego, ella nos llamaría por teléfono y nos daría nuevas instrucciones. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Naturalmente, no te dio su nombre.

—No —admitió el hampón.

—De modo que joven y bien formada... ¿Cuánto te pagó?

—Cinco de los grandes.

—¿Sólo quinientos? —se extrañó Galway.

—No, hombre, cinco mil. Ya le he dicho todo lo que sé, con que lárguese y déjenos en paz.

—Espera un poco. ¿No te indicó ningún nombre, ningún número de teléfono, alguna contraseña especial?

—Ya se lo he dicho: no. Ella me llamó, me citó en el South Park y eso es todo —dijo el sujeto malhumoradamente.

—Está bien. —Galway movió la mano izquierda hacia Spatton —. Tú, dame la pistola.

Spatton obedeció de muy mala gana. Galway inició la retirada.

—No me sigáis —ordenó—. Sheeton, ya has ganado cinco mil «pavos». Disfrútalos y olvídate de mi nombre para siempre.

El hampón asintió. Galway se metió una de las dos pistolas en la pretina del pantalón. Luego abrió la puerta.

—Adiós, imbéciles —se despidió.

En el interior del reservado se oyó un rugido de furia, Galway se apostó a un lado de la puerta. Sabía lo que iba a suceder.

Unos segundos después, se abrió la puerta y Patton salió, mugiendo como un toro. Tropezó con una pierna extendida y cayó cuan largo era, atravesado sobre el pasillo. Lester iba detrás y cayó encima, sin saber muy bien lo que había sucedido. Cuando quiso levantarse, algo golpeó su nuca y lo dejó atontado, aunque no inconsciente del todo. Spatton se dio cuenta de la situación y prefirió hacerse pasar por un hombre que se había quedado sin sentido.

Galway llegó a la taberna. La barmaid le dirigió una húmeda mirada.

—Vendré a la noche —mintió él.

—Después de las once —puntualizó la mujer.

Galway le guiñó un ojo. Salió a la calle y respiró largamente. En aquel tugurio, pensó, el olor de un arenque podrido debía de hacer los efectos de un ambientador. Era preciso tener el estómago forrado de hierro, para permanecer allí durante más de cinco minutos seguidos.

Cuando se sentó detrás de su coche, estaba un tanto decepcionado por los resultados obtenidos, aunque, por otra parte, sabía de sobra que, en una investigación, nunca se conseguían los objetivos propuestos a las primeras de cambio. Siempre se necesitaban muchas pesquisas pero, sobre todo, paciencia.

Y él sabía ser paciente.

Al menos, había conseguido averiguar algo: en aquel asunto, estaba mezclada una mujer.

Se preguntó quién podría ser. ¿Valía la pena intentar traer a Sheeton a su bando?

Era preciso estudiar muy bien el asunto, para no cometer fallos, se dijo. Sí, estudiaría el tema.

Poco más tarde, entraba en su casa. Lo primero que hizo fue lanzar a un lado la astrosa cazadora que formaba parte de su

disfraz. Luego se despegó la barba postiza. A continuación, se encaminó hacia su dormitorio. Una buena ducha acabaría por dejarle como nuevo y despegar de su cuerpo los olores de la taberna.

Abrió la puerta y entonces fue cuando vio que tenía un huésped en la casa.

Era una joven, estaba desnuda y no se había percatado aún de su presencia.

CAPÍTULO V

Ella estaba de espaldas a la puerta y por eso no le había visto todavía. Inclínada sobre la cama, hacía algo que Galway no pudo apreciar en el primer momento. Pero la visión de un trasero tan apetitoso le hizo sonreír.

De puntillas, se acercó a la joven y le dio una suave palmada en una de las blancas nalgas:

—Vamos, Doris, vístete en el acto —exclamó.

Ella lanzó un grito, se enderezó y giró en redondo. Galway creyó que se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Por todos los diablos! ¿Quién es usted? —dijo.

La mujer, joven, pero algo mayor que Doris y morena como ella, parecía muy confundida. Su brazo derecho cubrió los senos, firmes y redondos, en tanto que la mano izquierda bajaba a la entrepierna.

—Al menos podía haber avisado —se quejó.

—¿Avisar, de qué? Estoy en mi casa, ¿no?

—¿Cómo dice?

—He dicho: estoy en mi casa.

Ella miró a su alrededor, asombrada y consternada a un tiempo.

—Pero... ¿no es ésta la residencia de Johnny Burke?

—Señora —dijo el joven, armándose de paciencia—, me llamo Thornton Galway y Johnny Burke no ha vivido aquí en los días de su vida. Si le dio esta dirección, la engañó miserablemente, créame.

—Lo siento, lo siento... No sé qué decirle... Soy Mary Anders... y creí que Johnny... Le ruego me disculpe, señor... ¿Cómo ha dicho?

—Galway.

—Señor Galway. Si me lo permite, iré a vestirme en el baño...

—No se preocupe; la espero en el salón.

El joven dio media vuelta, muy preocupado por la presencia de la intrusa en su casa. Fue al salón y se sirvió una copa. De pronto,

antes de tomar siquiera un trago, se acercó a la ventana y contempló el coche estacionado junto a la acera.

Salió de casa y volvió a los pocos momentos. Mary apareció entonces en el salón, muy confusa todavía.

—No sé cómo excusarme...

—Olvídelo, una confusión la tiene cualquiera —sonrió Galway.

Mary llevaba en la mano un bolso de grandes dimensiones. Esbozó una sonrisa avanzó hacia la puerta.

—Adiós.

—Adiós —dijo él.

La joven salió. Inmediatamente, Galway corrió hacia su dormitorio y se tumbó en el suelo. Torció el gesto al ver la caja negra adosada a uno de los travesaños.

Estaba sujeta con cinta adhesiva y la despegó con mucho cuidado. Luego, con grandes precauciones, levantó una tapa y pudo ver el reloj que formaba parte del mecanismo.

Con la ayuda de una navajita, desconectó los cables de contacto. La bomba estaba graduada para explotar a las dos de la madrugada, hora en que, presumible, él debía de estar dormido. Respiró aliviado y se puso en pie. Cuando se dirigía hacia el salón, oyó el timbre de la puerta.

La bomba quedó escondida en el bar. Abrió y sonrió al ver de nuevo a Mary.

—¿Desea algo?

—Creo que... he olvidado las llaves de mi coche... No me arranca... ¿Puedo mirar en el dormitorio? —Ella bajó la cabeza—. Pensaba esperar a Johnny vestida...

—No llevaba ropa cuando yo la vi —sonrió él.

—Había traído un peinador muy elegante y usted no me dio tiempo a ponérmelo.

—Ah... Pase, se lo ruego... Actúe como si estuviese en su propia casa. Y cuando vea a Johnny, dele un par de buenas bofetadas.

—Pienso hacerlo, descuide.

Galway se echó a un lado. Apenas vio que la joven desaparecía en el dormitorio, corrió de nuevo hacia su automóvil.

A los pocos segundos, oyó una voz femenina:

—¡Pip! ¿Qué está haciendo ahí?

Galway tenía medio cuerpo debajo del tablero de instrumentos y

se incorporó un tanto.

—Doris, vaya al garaje inmediatamente. Hay allí un «Volkswagen», con las llaves puestas. Sáquelo y siga a la dueña de este coche. No haga preguntas, haga lo que le digo inmediatamente. Luego le daré explicaciones. ¡Vamos, apresúrate! —La tuteó de pronto.

Doris echó a correr hacia el garaje. Galway terminó de emplear los cables que antes había soltado y regresó a la casa.

Mary salía del dormitorio en aquellos instantes, muy desconcertada.

—Po... por fortuna, tengo llaves de repuesto —dijo.

—Eso es estupendo —sonrió él.

—Adiós otra vez, señor Galway.

Ella se alejó. Galway se situó junto a la ventana y tuvo la satisfacción de ver el asombro que aparecía en el rostro de Mary, al ver que, esta vez, arrancaba su coche. También se sintió muy contento al observar que Doris la seguía en el coche pequeño.

Entonces, apuró la copa que se había servido antes y que todavía estaba intacta.

Doris llegó una hora más tarde y Galway le entregó una taza de café.

—Vive en el número seis mil doscientos once de East Road —dijo la muchacha—. Un edificio de apartamentos caros —puntualizó.

—Gracias. ¿Has podido averiguar cuál es el suyo?

—El ático. Sólo hay uno y ella lo ocupa.

—¿Cómo lo supiste?

—Me quedé en la calle. La vi entrar en el edificio y esperé hasta que me di cuenta de que se encendían las luces del ático.

—Eres buena observadora —sonrió él.

—Gracias. Y ahora, ¿quieres decirme por qué me hiciste seguirla?

Galway metió la mano en el interior del bar y extrajo la bomba.

—Hay quinientos gramos de dinamita y debía explotar a las dos de la madrugada —dijo—. Esa joven entró y la puso debajo de mi cama.

Doris perdió el color instantáneamente.

—¡Quería asesinarte! —exclamó.

—Sin duda alguna.

—¿Por la estatua?

—Y también quizá, por Carol Zachary.

—¿Aún no sabes dónde está?

—No, aunque tengo el presentimiento de que no puede hallarse demasiado lejos de la estatua.

—Pero mientras no encuentres ésta...

Galway sonrió.

—Tengo una pequeña pista —dijo.

—¿Sí?

—Una empresa de transportes especiales. Tiene vehículos de todas clases y su fama no es demasiado buena.

—¿Cómo lo has sabido?

Galway le guiñó un ojo.

—No seas indiscreta, Doris. Oye, el otro día hiciste una cena muy apetitosa. ¿Por qué no preparas otro menú?

—Ahora mismo, Pip.

Doris inició la marcha hacia la cocina, pero, de pronto, se volvió hacia el joven.

—¿Piensas entrevistarte con esa mujer? —inquirió.

—Sí, pero no ahora, por supuesto —contestó Galway.

—Me gustaría acompañarte.

—Nena, sin ofender, éste es un asunto para hombres.

—Comprendo. ¿Sabes? De repente me he sentido muy interesada en encontrar a Carol. ¿No necesitas un ayudante?

Galway respingó.

—Creí que tenías un empleo —dijo.

—Sí, aunque hasta el lunes no debo empezar. Pero puedo dejarlo.

—Está bien, me lo pensaré. Aún quedan algunos días hasta el lunes.

Ella sonrió.

—Gracias, Pip.

Galway encendió un cigarrillo. Bien mirado, se dijo, la idea de Doris no era mala del todo. Pero no quería precipitarse en la decisión. Lo pensaría.

Y antes de hacer nada, visitaría a Ross Henshaw, propietario de la empresa de transportes quien, seguramente, había tomado parte

en el robo de la estatua.

En la explanada había un par de grandes camiones, que parecían monstruos antediluvianos de una especie nunca conocida hasta aquel momento. También se divisaban un par de carretillas mecánicas, muy viejas, y tres coches, uno de los cuales, evidentemente, estaba ya fuera de uso. Había un gran cobertizo para herramientas y otro que, sin duda, servía para oficinas.

En uno de los camiones, provisto de grúa, había un individuo hurgando en el motor. Al oír el ruido del coche de Galway se enderezó y le miró con curiosidad.

—Hola —saludó el joven—. Busco al señor Henshaw.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó el individuo.

—¿Es usted Henshaw?

—No, pero...

—Entonces, no se preocupe y llámelo.

—Está ocupado —dijo el sujeto hoscamente.

Galway se apeó.

—Iré yo —decidió.

El mecánico le cerró el paso.

—Ross me dijo que no quería que nadie le molestase —gruñó—. Así que de media vuelta y lárguese.

—¿Ésta es la manera que tienen ustedes de conseguir clientes?

—Eso no es cuenta suya. ¡Lárguese!

Hubo un instante de silencio. Galway apreció que el mecánico era un hombre muy robusto, con la cara marcada por las huellas de más de una pelea en la que, seguramente, no se habían observado ninguna de las reglas prescritas para el noble arte del boxeo. Por tanto, lo mejor era darle una buena lección, se dijo.

Avanzó lateralmente un paso. El otro se movió también en el mismo sentido, con la evidente intención de cortarle el camino. Entonces, Galway, moviéndose fulgurantemente, alargó el pie derecho y golpeó la pierna que todavía estaba en el aire.

El mecánico se desplomó pesadamente. Cuando iba a levantarse, la suela de un zapato se aplastó contra su cara. Lanzó un gruñido y cayó de espaldas, aturdido, incapaz de reaccionar.

Galway sonrió y avanzó tranquilamente hacia el barracón de oficinas. Abrió la puerta y, en el mismo instante, supo que Ross Henshaw no contestaría ya a ninguna de sus preguntas.

Henshaw estaba sentado ante su mesa de trabajo, erguido en el sillón, aunque no por propia voluntad. En torno a su cuello tenía un cordón, profundamente hundido en la carne. Detrás se veía una varilla de metal, que había hecho el papel de garrote en el atroz estrangulamiento que le había causado la muerte.

Su lengua aparecía hinchada y tumefacta entre los labios lívidos y los ojos, desmesuradamente abiertos, expresaban el inmenso horror de los últimos instantes. Había sangre en sus manos, pero era porque se había clavado las uñas en las palmas, durante los últimos espasmos de la horrenda agonía sufrida.

Durante unos segundos, Galway permaneció inmóvil, contemplando el macabro espectáculo. De repente, oyó el rugido de un motor.

Corrió hacia la puerta. El mecánico, ya recuperado, había subido a uno de los coches y, evidentemente, trataba de escapar.

Galway se dio cuenta de que ya no podría impedir la huida del sujeto. La explanada, aunque limitada por una sólida valla de red de alambre, era bastante grande y el sujeto estaba ya cerca de la salida. Súbitamente, le vio frenar en seco.

Otro coche aparecía ante la entrada, bloqueándole el paso. El mecánico tocó desesperadamente la bocina. Un hombre se apeó del vehículo recién llegado.

Tenía una pistola en la mano. Apuntó con rapidez y disparó varias veces. La portezuela del coche que iba a salir se abrió violentamente y su ocupante saltó fuera. Dos balas le alcanzaron en el centro de la espalda, lanzándole contra el suelo polvoriento.

El asesino retrocedió, subió al coche y éste arrancó inmediatamente, primero en marcha atrás y luego virando con salvaje ímpetu, para desaparecer de la vista de Galway, antes de que el joven pudiera intervenir. La escena se había desarrollado en un increíblemente corto espacio de tiempo y a él ya no le quedaba más que una cosa que hacer.

Sacó un pañuelo limpio y se acercó al teléfono. Había que llamar a la policía.

Doris entró en la casa y pronunció en alta voz el nombre de su dueño. A los pocos segundos, vio aparecer a un hindú, lujosamente ataviado, con un turbante de tejido de oro, adornado por un gran rubí, que sujetaba una pluma blanca y con un diminuto diamante

incrustado en la aleta izquierda de la nariz.

El rostro del hindú era pronunciadamente oscuro y su fastuosa levita estaba bordada con extraños dibujos hecho con hilos de plata. Doris se quedó con la boca abierta.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —exclamó.

El hindú juntó ambas manos y se inclinó ceremoniosamente.

—Om maní oadme hum —dijo con grave acento—. Que en nuestro lenguaje significa «Salve, joya de la flor del loto».

—¡Pip! —gritó ella.

Galway sonrió.

—Estoy desconocido, ¿verdad?

Doris se pasó una mano por la frente.

—Necesito un trago —dijo.

—El bar está a tu disposición, encanto.

—Te pondré una copa...

—Yo no puedo beber. El devoto Sigh Granji es abstemio.

—Ah, es tu pseudónimo...

—En efecto. ¿Estoy bien caracterizado?

—Diríase que has nacido en Calcuta —rió la chica—. ¿Has averiguado algo en la empresa de transportes?

—Sí. Dos asesinatos.

—Pip, no digas barbaridades...

—Hablo en serio, preciosa.

—Me tiemblan las piernas. —Doris llenó una copa y bebió un par de tragos—. ¿Qué ha pasado? —preguntó a continuación.

—Parece ya indudable que Henshaw tomó parte en la operación, contratado, seguramente, para un traslado rutinario. Luego, sin embargo, se dio cuenta de que había intervenido en un robo y quiso sacar una tajada más grande del pastel. Alguien decidió que estaba de más en este mundo.

—¿Y el otro asesinato?

—Se llama Joe Davis y era su socio. Henshaw llevaba la parte burocrática del negocio, mientras que Davis se ocupaba del trabajo estrictamente manual, así como del mantenimiento de las máquinas. Pero también estaba metido hasta el cuello en el asunto. Incluso puede que fuese él quien estrangulase a Henshaw, aunque esto es algo que no se ha podido comprobar por el momento.

—Ya. Dos bocas cerradas, que no podrán decir nada

comprometedor, ¿no es eso?

—Exactamente, Doris —confirmó él—. Y ahora, si me lo permites...

—¿Adónde vas, Pip?

—Creo que me conviene conversar un ratito con Mary Anders.

—Sí, pero ¿qué objeto tiene ese disfraz?

—Soy un espía... para mí mismo —rió Galway.

—Espera —dijo la chica—. Tengo noticias para ti. Aunque no me has dado todavía una respuesta, he estado trabajando en tu beneficio.

Galway levantó las cejas.

—¿Qué sabes, Doris?

—Fui a ver a Burleigh. Quería sonsacarle.

—No es mala idea. ¿Conseguiste algo?

—No pude hablar con él. En aquellos momentos salía de su estudio. Pero le seguí y... ¿sabes adonde fue?

—Lo sabré si me lo cuentas, hermosa.

—Estuvo en la residencia de Faversham, Pip, ¿qué se proponen esos dos sujetos?

Galway entornó los ojos.

—Creo que tendré que hablar con ellos nuevamente —murmuró—. Pero no antes de haberme entrevistado con Mary Anders —avanzó hacia la puerta y ya con la mano en el pomo, se volvió hacia la muchacha—. Estás en tu casa, Doris.

—Suerte, Pip, digo... ¿Cuál es tu nombre, venerable «gurú»?

—Sigh Granji. Hasta la vista, preciosidad.

Doris meneó la cabeza.

—¡Qué hombre! —suspiró.

CAPÍTULO VI

La puerta del ático se abrió. Galway parpadeó un instante al ver a la hermosa mujer que había aparecido ante sus ojos. Debía de tener unos treinta años y era alta y muy hermosa, de abundante cabellera oscura y formas opulentas y sensuales, subrayadas por el ajustado traje de color fuego que vestía, hecho de una sola pieza y que parecía una segunda epidermis sobre un cuerpo de tantos atractivos.

—¿Qué desea? —preguntó ella.

Galway juntó las manos, se inclinó y recitó la plegaria budista que cuadraba perfectamente con su apariencia. Luego, se enderezó y sonrió.

—Permítame que me presente, señora —dijo—. Soy el príncipe Sigh Granji y deseo ver su apartamento.

La mujer respingó.

—Está loco —contestó.

—Temo que no me ha entendido, mi bella señora. No deseo causarle ningún mal...

—Ni yo me dejaría, por supuesto. Sé defenderme muy bien, con las manos.

—No lo dudo en absoluto —dijo Galway. Metió la mano en uno de los bolsillos de su levita y sacó una tarjeta—. Me la ha dado el dueño del edificio. Es su autorización para examinar cualquiera de los apartamentos.

—Pero ¿por qué? —se extrañó la mujer—. Tengo un contrato...

—Que sería respetado rigurosamente, señora —aseguró Galway.

—No entiendo en absoluto, señor...

—Granji —recordó él—. Verá, este edificio me gusta y quiero hacer un centro de meditación trascendental. Por supuesto, no puedo echar a los inquilinos, pero ya hay algunos apartamentos, a medida que los contratos vayan venciendo... ¿Lo comprende ahora,

hermosa señora?

Ella se mordió los labios.

—Está bien, pase —dijo—. Me llamo Lila Cox —añadió.

—Celebro infinito conocerla y deploro aún más las molestias que le estoy causando, pero, créame, estoy muy interesado en la compra de este edificio. Aunque, a decir verdad, el ático que usted ocupa no alteraría en absoluto mis planes.

—Eso significa que podría renovar el contrato de alquiler a su vencimiento.

Galway se inclinó.

—Con toda seguridad, señora Cox —respondió gravemente.

—Muy bien, examine el apartamento a su gusto, señora Granji. ¿Quiere que le prepare algo de beber mientras tanto?

—Mil gracias, señora, pero mi religión no me permite el uso del alcohol.

—Sí, entiendo.

Galway se adentró en la casa y la examinó rápidamente, aunque a fondo. ¿Dónde podía estar Mary Anders? ¿Por qué había allí otra mujer en lugar de la atractiva morena que había intentado volarle en mil pedazos?

Al cabo de diez minutos, regresó a la sala.

—Le quedo muy reconocido a su benevolencia, señora Cox —dijo—. Ruego acepte mis sinceras excusas por las molestias que le he causado... y, como he dicho antes, el ático no interfiere en absoluto mis planes.

Lila entornó los ojos.

—Entonces, es probable que le tenga como vecino, príncipe.

—Casi seguro, señora Cox.

—Tengo la impresión de que es usted un hombre encantador. Me gustaría invitarle un día a tomar el té.

—Estoy a su disposición, señora.

Galway se encaminó hacia la puerta. En el mismo momento, alguien abrió y entró impetuosamente.

—Lila, acabo de ver a...

La recién llegada se calló de inmediato, estupefacta por la presencia de un hombre tan extrañamente ataviado en la casa. Lila adelantó un paso.

—Príncipe, le presento a mi hermana Mary. Querida, éste es el

príncipe Sigh Granji. Quiere comprar el edificio.

—Oh —dijo Mary—. Encantada, alteza.

Galway se inclinó ceremoniosamente.

—Si me dieran a elegir entre las dos bellezas que son ustedes... me quedaría con ambas —dijo.

—Su religión se lo permite, ¿no? —exclamó Mary maliciosamente.

—Digamos mejor que lo tolera. —Galway se volvió hacia Lila—. Ha sido un placer, señora. Señorita Cox...

—Yo me apellido Anders —dijo la más joven—. Lila está divorciada, pero aún usa el apellido de su esposo.

—Mary, por favor —exclamó Lila en tono de reproche—. Al príncipe no le importan mis problemas personales.

—En todo caso, su estado civil no deja de ser una ventaja —sonrió Galway—. Señoras...

Salió a la calle poco después y caminó sin volver la cabeza un solo instante, seguro de que las dos mujeres le miraban desde la terraza del ático, situada en la planta decimosexta del edificio. Su coche estaba a la vuelta de la esquina. Ya le había cambiado los cristales señalados por las balas, pero el aspecto seguía siendo idéntico y no quería cometer imprudencias que pudieran dar al traste con sus planes.

Se preguntó si le convendría cultivar la amistad con Lila Cox. Tendría que cambiar de aspecto y atacar por otro flanco. ¿Era Lila la mujer que se había entrevistado con Sheeton en el Sout Park?

* * *

Cyril Burleigh entró en su estudio, y contempló al visitante que se hallaba sentado en una silla, con las manos enguantadas sobre el puño del elegante bastón de Malaca que formaba parte de su atuendo. Galway vestía ahora un traje gris oscuro, con rayitas apenas perceptibles, corbata gris acero, muy brillante, y sombrero hamburgués. Con los dientes sostenía una larga boquilla negra, al extremo de la cual humeaba un aromático cigarrillo.

—Señor Galway, ¿puedo preguntarle a qué ha venido a mi casa? —dijo el artista sin ninguna ceremonia.

—He venido a encargarle...

—Usted ha venido porque sospecha de mí como cómplice en el robo de la estatua y eso es absolutamente incierto.

—¿Se lo ha dicho Faversham?

Burleigh parpadeó.

—No le he visto...

—Miente. Habló con él ayer por la tarde.

—Está bien. ¿Y qué, si estuve con Faversham? No está prohibido por la ley, ¿verdad?

—Claro que no, pero, dígame, ¿de qué hablaron?

—Eso no es asunto suyo. Haga el favor de marcharse inmediatamente.

Galway observó unos instantes el rostro del artista. Estaba coloreado por la indignación, pero en sus ojos había miedo.

—¿A qué teme usted, señor Burleigh? —preguntó repentinamente.

—¿Yo? Está bromeando... ¿Por qué iba a sentir temor de nadie ni de nada? —dijo Burleigh con una risita muy forzada.

—No lo sé. Por eso me gustaría que me lo dijera usted.

—No tengo nada más que hablar. Haga el favor de marcharse inmediatamente de mi casa.

Galway se puso en pie. Sacudió la ceniza del cigarrillo y agitó el bastón un poco.

—Cyril, usted tiene un pánico espantoso —aseguró con falsa displicencia—. No sé a qué tiene miedo, pero que lo tiene es algo irrefutable. Por supuesto, su temor está relacionado con la estatua, quizá no con el robo, aunque sí con su obra de arte... y la modelo. Dígame, ¿está muerta?

—¡No! —chilló Burleigh instantáneamente.

—Entonces, ¿dónde se encuentra?

—¡No lo sé, maldita sea! Se despidió después de la última sesión de pose. Ya no he vuelto a verla más.

—Pero quizá conoce a alguien que sí sabe dónde está.

Burleigh vaciló un segundo.

—Váyase —pidió roncamente al cabo—. Váyase.

Galway caminó hacia la puerta del estudio. Hizo caer el cigarrillo en un cenicero con pedestal que había allí y guardó la boquilla.

—Debería hablar... antes de que termine como Henshaw y Davis —se despidió.

Antes de salir, tuvo la escasa satisfacción de ver ceniza en las

facciones del escultor. Se prometió volver a verle en otro momento... muy pronto, antes de que Burleigh recuperase sus fuerzas.

Salió a la calle y anduvo unos pasos. De pronto, vio a un individuo que mantenía abierta la portezuela del coche.

—Entre, señor Galway —dijo el sujeto cortésmente—. Nos hemos permitido poner un chófer a su disposición. Mírelo, está tras el volante.

Galway fijó la vista en el lugar indicado y vio a un sujeto correctamente uniformado, con las manos enguantadas apoyadas en el aro del volante. El otro tenía su mano derecha metida en el bolsillo derecha de su chaqueta.

—La pistola es de calibre veintidós, muy pequeña —dijo el hombre—. Pero mata tan bien como una de calibre superior.

Galway permaneció inmóvil durante unos segundos. Sí, una pistola de calibre 22 podía matar tan bien como otra cualquiera. Pero no estaba dispuesto a dejarse llevar a alguna parte, donde pudieran matarle como un conejo.

Tras los primeros instantes de sorpresa, sonrió.

—¿De veras está decidido a apretar el gatillo? —preguntó amablemente.

—Intente escapar y lo sabrá —respondió el sujeto—. Por favor, entre, señor Galway.

Hubo todavía una nueva pausa. Luego, de pronto, Galway levantó el bastón, en cuya contera había aparecido una hoja brillante, afilada como un estilete y de unos quince centímetros de longitud. Antes de que el individuo pudiera apercebirse a la defensa, ya tenía la punta del estilete apoyada en su muslo derecho.

—Saque la pistola y tírela al suelo del coche —ordenó Galway secamente—. Le diré una cosa: la punta del estoque está impregnada de veneno. Bastaría un simple pinchazo, para que usted muriese antes de cinco minutos, en medio de espantosos sufrimientos. Y, aunque dispare contra mí, todavía tendré tiempo de pincharle. ¿Está claro?

El rostro del pistolero cambió súbitamente de expresión y se tornó ceniciento. Sus labios temblaron perceptiblemente.

—Diablos, no se atreverá...

—Haga lo que le digo o empujo.

La pistola fue a parar al suelo del coche. Galway hizo un gesto con la cabeza.

—Entre y agárrese los muslos con las dos manos. No abandone esa posición ni un solo instante, si quiere vivir.

El individuo obedeció. Ahora, sujetando el bastón por el centro, Galway entró en el coche y se situó con la espalda apoyada en el lateral. El chófer parecía un tanto perplejo, sin saber muy bien lo que estaba sucediendo detrás de su puesto.

—Mike, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Les dieron una orden —dijo Galway—. Cúmplala.

—Pero, por todos los diablos...

—Mike, dígame a su amigo cuál es la situación —indicó Galway.

—Ronnie, haz lo que te dice —gimió el pistolero—. Puede matarme. Tiene un cuchillo envenenado...

El chófer respingó.

—Así es, amiguito —confirmó Galway—. Y también puedo pincharle a usted y enviarle al otro barrio, con un pequeño rasguño. Por cierto, si tiene una pistola, sáquela con dos dedos y entréguemela.

La orden fue obedecida sin rechistar. Galway puso el arma sobre sus rodillas.

—Arranque, Ronnie... ¿qué más?

—Eagle —contestó el chófer hoscamente.

—Mike, ¿su apellido?

—Fedder —dijo el interpelado.

—Perfectamente. Ya nos conocemos todos, así que las cosas van a marchar ahora por un sendero mucho más amplio y placentero. Ronnie, usted conoce bien ese sendero; sígalo hasta su final. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Sí, señor —contestó Eagle hoscamente.

Galway cogió la pistola con la mano derecha y luego puso el bastón vertical, para empujar y hacer que la hoja se escondiese en la caña. A continuación, con la mano libre, sacó un cigarrillo lo encendió apaciblemente.

—Alguien les ordenó secuestrarme —dijo al cabo de unos momentos—. ¿Puedo conocer su nombre?

Fedder vaciló y acabó por encogerse de hombros.

—Qué diablos, de todos modos, lo iba a saber... Se llama Vern

Sheeton.

Galway frunció el ceño.

—Ese hombre no ha aprendido la lección —masculló—. Sin duda alguna, les envió a buscarme, aunque cuidándose muy bien de ocultar el nombre de su «cliente». ¿Me equivoco?

—Es cierto —admitió Fedder.

—¿Cuánto les pagó?

—Mil a cada uno.

El joven hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué vergüenza, sólo mil dólares, cuando se trata de un asunto de, por lo menos, catorce millones! Hay tipos con una cara más dura que el cemento, créame, amigos.

Eagle saltó en su asiento.

—¿Es cierto eso que está diciendo? —gritó.

—¡Cuidado, está usted conduciendo! —le recordó Galway—. Claro que es cierto —añadió—. ¿No han leído el robo de la estatua de oro puro?

—Sí, lo sabemos, pero nunca nos imaginamos que ese hijo de puta de Sheeton estuviese relacionado con el caso —gruñó Fedder.

—Pues ahora ya lo saben —dijo el joven—. ¡Mil dólares solamente por mi pellejo! ¡Qué porquería!

Los dientes de Fedder crujieron de rabia.

—Cuando le ponga la mano encima... —barbotó.

Galway sonrió para sí. En aquel momento, acababa de ocurrírsele cierta idea que, estimó, podía darle buenos resultados.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo a unos doscientos cincuenta metros de la casa que se alzaba solitaria en la ladera de una loma abundantemente cubierta de vegetación. Galway hizo parar el coche y ordenó a los dos pistoleros que se apeasen allí.

—No se muevan —dijo, una vez situado tras el volante.

Volvió a arrancar y, a los pocos momentos, se detenía frente a la puerta de la casa, de aspecto más bien modesto. Apenas hubo puesto el pie en el suelo, vio que se abría la puerta.

—¡Bravo, chicos, habéis sabido hacerlo bien! —dijo Sheeton alegremente.

Pero, de pronto, la sonrisa se borró de sus labios y lanzó una exclamación de rabia. Metió la mano en el interior de su chaqueta y, en el momento en que se disponía a sacarla, algo voló hacia él con terrible ímpetu.

El puño del bastón le golpeó en el pecho y lo hizo sentarse de golpe en el suelo, perdida la respiración momentáneamente. Galway corrió hacia él y le quitó un revólver de cañón corto y calibre 38.

—Vern, ¿hay alguien más en la casa? —preguntó.

Sheeton sacudió la cabeza negativamente. Galway le dio unos toquecitos con el bastón en el lado izquierdo de la cabeza.

—Adentro, tenemos que hablar —dijo.

El hampón se puso en pie, con lágrimas en los ojos. Galway lo empujó con la mano izquierda. Una vez en el interior de la casa, le hizo sentarse en un diván y presionó el botón que accionaba el resorte del cuchillo oculto en el bastón.

—Vern, ¿quién le ordenó secuestrarme? —preguntó.

—Ella... otra vez... —jadeó Sheeton—. ¿Quién diablos podía ser, si no?

—¡Qué poca imaginación! —farfulló el joven—. ¿Le dieron orden de asesinar me?

—No. Sólo tenía que retenerle aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No me lo dijo.

—Vern, no le creo en absoluto. ¿Por qué no se sincera conmigo?

—¡Le he dicho la verdad!

—Es usted un mal mentiroso... y me están entrando ganas de apretar a fondo el estoque. Aunque me parece que, quizá, está pasando un mal rato. ¿Le sentaría bien un vaso de agua?

Sheeton asintió. Galway hizo un gesto benevolente.

—No se preocupe, iré a traérselo —se ofreció, amable.

Abandonó la sala y buscó la cocina, pero no hizo nada por buscar un vaso. Simplemente, esperó unos segundos.

De pronto, oyó ruidos. Alguien blasfemó. Sheeton lanzó un aullido de dolor. La bronca voz de Fedder sonó crítica, insultante. Se oyeron más golpes y quejidos de Sheeton.

Sonriendo, Galway se acercó a la puerta y contempló la escena. Fedder y Eagle vapuleaban de lo lindo a Sheeton, al mismo tiempo que proferían atroces improperios contra él, su madre y todos sus antepasados. Sheeton chillaba como una rata y trataba de huir, pero cuando escapaba de las manos de uno, iba a parar a las del otro, que le arreaba sin piedad.

Al cabo de unos momentos, Galway se dijo que era ya hora de intervenir. Sacó el revólver de Sheeton y disparó un tiro al aire.

—¡Alto! —gritó a continuación—. Basta ya de jaleo.

Los pistoleros, asombrados, suspendieron sus «actividades» y contemplaron al joven con asombro. Sheeton, desmadejado, con la nariz llena de sangre y un ojo casi cerrado, se dejó caer al suelo, gimiendo sordamente.

—Vern, quiero hablar con usted —dijo el joven—. Mike, Ronnie, sigan ahí y no se muevan.

Sheeton estaba completamente desmoralizado.

—¿Qué... qué quiere saber usted? —preguntó.

—El nombre de la persona que le ordenó secuestrarme.

—Ya le he dicho que no la conozco. Sólo sé que es una mujer...

—¿Tan alta como yo? —Galway pensaba en Lila Cox, cuya estatura rebasaba lo normal en una persona de su sexo.

—No, algo más baja...

«Sin duda ya, Mary Anders», se dijo el joven.

Levantó la voz:

—Bien, ¿qué pensaba hacer conmigo, una vez me tuviese aquí?

—De... debía aguardar instrucciones de la mujer. No sé cuándo pensaba venir; sólo me dijo que trajese provisiones, porque quizá tendríamos que estar aquí algunos días.

Galway asintió. Era inútil esperar a Mary Anders en aquel lugar, dado que no sabía el momento en que la joven podía presentarse... ¿para qué?

«¿Para asesinar me en persona y así estar segura de que ya no iba a interferir sus ilícitas operaciones?», especuló consigo mismo.

—Vern, ¿le dio un número de teléfono para comunicarle mi secuestro? —preguntó.

Sheeton apretó los labios. Galway hizo un ademán con el bastón.

—Adelante con él, muchachos —dijo—. Sigán cobrándose la deuda que tiene con ustedes.

Fedder y Eagle avanzaron unos pasos, pero Sheeton no les dio tiempo a tocarle. Lanzó un chillido de pavor y exclamó:

—¡No, que se estén quietos! Le daré ese número de teléfono.

—Dígalo, Vern.

Galway tenía una excelente memoria y no le hizo falta anotarlo. Luego sonrió.

—Aquí no hay teléfono, de modo que la llamada debe efectuarse desde otro sitio. Por cierto, ¿le indicó alguna hora determinada?

—Las once de la noche. En punto —respondió Sheeton.

Galway meditó unos instantes. «Una cabina telefónica, sin duda», dedujo muy pronto.

—Bien —dijo en voz alta—. Mike, Ronnie, miren a ver cuánto dinero tiene Vern. Pueden llevárselo sin el menor escrúpulo.

—¡Ya lo creo que lo haremos! —rió Fedder.

Sheeton se resistió con todas sus fuerzas, chillando ratonilmente, pero era poca cosa comparado con dos hombres que le superaban ampliamente en volumen y fuerza física. Fedder se incorporó al cabo de un rato con un gran fajo de billetes en las manos.

—Fíjate, Ronnie, aquí hay lo menos diez mil pavos —exclamó alegremente.

—Pueden quedárselos, son suyos —dijo Galway—. También el coche que sin duda, este bastardo tiene en la trasera de la casa. Así podrán volver sin dificultades a la ciudad.

—Por supuesto, no podemos pedirle las pistolas —suspiró Eagle.

—Ni lo sueñen.

—Es lógico —murmuró el individuo—. De todos modos, si un día necesita de dos buenos amigos, llámenos al Guckie's.

Le haremos un favor, sin cobrarle un centavo.

—Lo tendré en cuenta —rió Galway.

Y haciendo voltear el bastón alegremente, salió de la casa y se encaminó hacia su coche.

Entonces, Sheeton se incorporó, aunque quedando sentado en el suelo, y lanzó una imprecación:

—¡Matadle, estúpidos! ¡Matadle y tendréis veinte mil pavos antes de que se acabe el día!

Fedder y Eagle cambiaron una mirada. El primero dijo:

—¿Le crees, Ronnie?

—Nunca más volveré a fiarme de él —contestó gravemente el interpelado.

—Yo tampoco. A propósito, Vern, ¿te pertenece esta casa?

—¡Claro que sí! —contestó Sheeton orgullosamente—. Es mía y...

—Ronnie, ¿qué te parece si hacemos un poco de ejercicio? —consultó Fedder.

—¡Magnifico! —aprobó Eagle—. Hemos de darle una buena lección a este cerdo, para que no vuelva a engañar a la gente.

En un par de minutos, Sheeton quedó sólidamente atado y amordazado. Luego, los dos compinches empezaron a trabajar. Media hora más tarde, todo el interior de la casa aparecía completamente destruido. Incluso las ventanas perdieron todos sus cristales y hasta la puerta de acceso fue separada de sus bisagras y convertida en astillas. Sheeton bramó de furia impotente, hasta que se quedó sin voz.

Cuando los dos sujetos terminaron su tarea, no había en la casa absolutamente nada que pudiera aprovecharse. Satisfechos, emprendieron la retirada.

—Eh, al menos, podríais soltarme —pidió Sheeton.

—Púdrete —contestó Fedder sin mirarle siquiera.

Galway llegó a su casa y se acercó al teléfono inmediatamente. Habló durante unos momentos, colgó y se dirigió a la ducha, de la

que salió cinco minutos después, anudándose el cordón de la bata. Entonces, llamaron a la puerta.

Era Doris.

—Hola —saludó la chica—. ¿Estorbo?

—No, en absoluto. Llegas a tiempo para preparar la cena.

Ella le miró de soslayo.

—¿Piensas contratarme como cocinera? —preguntó.

—Estoy aguardando una llamada telefónica y es muy importante —repuso Galway.

—Ah... ¿Cómo van tus pesquisas?

—No puedo quejarme, aunque tampoco estoy en condiciones de echar las campanas al vuelo. Pero quizá esta noche consiga algo interesante.

—Yo tampoco he estado parada —dijo Doris sorprendentemente—. He averiguado algo que puede resultarte útil.

—¡Caramba! ¿Cómo lo has conseguido?

—Lo primero que hice fue volver a leer una vez más las reseñas del robo de la estatua. Encontré los nombres de dos de los guardianes de la galería de arte. Eran tres en total y hablé con los dos a quienes pude localizar, aunque no me dijeron nada que no se supiera ya. Pero sí pude conseguir el nombre y la dirección del tercero. Fui a verle y me contó algo que creo es interesante.

Galway fue hacia el bar y llenó dos copas.

—Muy bien —dijo—. Continúa.

Doris tomó un sorbo de jerez.

—El vigilante me dijo que no todo el tiempo permaneció narcotizado, aunque, desde luego, sí se quedó sin fuerzas, hasta el extremo de que le resultaba absolutamente imposible moverse. Aun así, no está muy seguro de lo que vio en sus escasos momentos de lucidez.

—Y... ¿qué vio?

—Los ladrones eran cinco y todos ellos tenían la cara tapada por una especie de máscaras higiénicas, supongo que impregnadas de alguna sustancia que anulase los efectos del gas narcótico. Uno de ellos, con toda seguridad, era mujer. Lo apreció bien; era de formas muy exuberantes.

—¿Eso es todo?

—Bueno, Ross Henshaw y Ross Davis tomaron parte en el robo y

han muerto. Ya sólo te quedan tres por localizar y... ¿no sospechas, al menos, de dos personas?

Galway asintió.

—Eso sí es verdad. Si pudiéramos encontrar al quinto miembro del grupo...

El teléfono sonó en aquel momento. Galway lo levantó, escuchó unos momentos y luego lo devolvió a su horquilla.

—Anda a preparar la cena —dijo—. Tengo que salir.

—¿Puedo acompañarte, Pip?

—Hoy, no; mañana, es posible —respondió él—. Quiero entrar en casa de Faversham, pero sin llamar a la puerta... y necesito estudiar un buen plan que me permita eludir todas las trampas que tiene para evitar visitas indeseadas.

CAPÍTULO VIII

Con el cigarrillo apagando colgando de la comisura de los labios, Galway aguardaba pacientemente en el quicio de la puerta, desde la que podía divisar perfectamente la cabina telefónica, a la que correspondía el número que Sheeton le había facilitado muy a su pesar. Una vez más, consultó su reloj. Todavía faltaban unos minutos para las once.

El lugar no era muy transitado. Vestido con ropas oscuras, cómodas y holgadas, Galway se confundía con las tinieblas que reinaban en aquel lugar. La cabina telefónica, por contraste, aparecía brillantemente iluminada.

Cuando faltaban escasos segundos para las once, alguien se acercó con paso rápido a la cabina. Galway maldijo entre dientes. Aquel inoportuno sujeto iba a evitar la llamada que debía producirse en aquellos instantes. Vaciló unos segundos, irresoluto y mientras, el hombre abrió la puerta de la cabina y se situó junto al aparato telefónico.

Entonces, Fal Galway, sorprendido, le vio sacar un objeto del interior de su chaqueta. Casi en el mismo momento, sonó el teléfono.

El hombre lo descolgó y situó el auricular encima de aquella caja oscura. Galway comprendió la idea en el acto. Estaba grabando las instrucciones que, sin duda, llegaban por el teléfono.

Había alguien muy astuto que no quería dar la cara, se dijo. Pero, por fortuna, estaba allí.

Al cabo de unos segundos, el hombre colgó el teléfono y se dispuso a salir. Cuando ponía el pie en la acera, Galway le bloqueó el paso.

—Vamos a un sitio donde podamos escuchar ese mensaje —dijo. El hombre palideció.

—Oiga, no me meta en líos —exclamó—. A mí me han pagado

solamente para grabar un mensaje y eso es todo lo que sé.

—Pero tendrás que entregarlo a alguien —sonrió Galway.

—Debo volver a mi casa y aguardar a que me llame un tipo.

—¡Sheeton!

—Sí, el mismo.

Galway alargó la mano.

—Dame la cinta —pidió.

—Oiga, yo no puedo...

—Te daré cien dólares y olvidarás todo. ¿Entendido?

Hubo un instante de silencio. Luego, el sujeto exclamó:

—Doscientos y no se hable más.

—De acuerdo.

Hubo un intercambio de billetes por la «cassette». A continuación, Galway dio una palmada en el hombro del sujeto.

—Olvidalo todo —aconsejó.

—Ya no me acuerdo siquiera del sitio en donde estoy —rió aquel hombre.

Galway regresó a su casa. Doris, en un butacón, estaba adormilada y él la despertó con unas palmaditas en la mejilla.

—Noticias, guapa —dijo.

Ella se despabiló en el acto.

—¿Qué has averiguado, Pip?

—Ahora mismo vamos a saberlo —contestó él alegremente.

Buscó una grabadora, introdujo la cinta, la rebobinó y luego presionó la tecla de reproducción. Instantes después, oyó una voz de tonos evidentemente burlones:

—¡Tururú!

Y eso fue todo.

Galway repitió la grabación una y otra vez, completamente desconcertado. Doris le trajo una taza de café.

—Se han burlado de ti —dijo.

—Evidentemente —admitió él, mientras removía el azúcar con la cucharilla—. Es preciso reconocer que las dos hermanas son muy listas, infernalmente astutas y enormemente perspicaces. Sin embargo, no entiendo cómo adivinaron que estaría junto a la cabina telefónica.

—Quizá te vieron cuando te secuestraban y apreciaron tu contraataque con el bastón —supuso Doris.

—Es probable...

—Bueno, pero, al menos, puedes asegurar que esas dos mujeres tomaron parte en el robo. ¿Por qué no las interrogas a fondo?

—¿Podría hacerlo, sin pruebas concretas? Doris, aunque se han cometido ya algunos asesinatos, éste es un asunto en el que el ingenio y la astucia tienen una parte preponderante. No sirve de nada emplear la fuerza bruta, a menos que sea para defenderse legítimamente.

—Sí, creo que tienes razón —convino la chica—. Pero a mí se me está ocurriendo algo... En realidad, hace tiempo ya que pienso en ello, Pip.

—¿De qué se trata, Doris?

—Yo creo que hay algo más que el robo de la estatua. Sí, su valor es enorme, considerando solamente el del oro...

—Hay un secuestro, el de Carol Zachary. Suponiendo que no haya sido asesinada —dijo Galway gravemente.

—Lo sé, pero yo no me refería a la desaparición de mi colega. Me has dicho que Burleigh tiene miedo.

—Sí, seguro.

—Yo también estoy segura de que hay algo más que la simple desaparición de una estatua que vale catorce millones de dólares. No sé qué es... pero lo pienso así y será muy difícil convencerme de lo contrario.

Galway sonrió.

—La típica corazonada femenina —dijo alegremente.

—Llámallo como quieras, pero tengo ese presentimiento —insistió la chica.

—Muy bien, cuando encontremos la estatua, podremos saberlo con toda certeza. Y yo también pienso que, no muy lejos de la estatua, encontraremos a Carol...

El teléfono sonó en aquel momento. Doris estaba más cerca y lo levantó en el acto:

—Residencia del señor Galway. Soy su ayudante personal. Hable, por favor.

—Me llamo Burt Peyt. Quiero hablar con Galway. Ahora mismo —dijo alguien al otro lado de la línea.

Doris se estremeció. Tapó el micrófono con una mano y miró al joven.

—Es un tipo llamado Peyt —anunció.

Galway se apoderó del teléfono.

—Hable, señor Peyt —dijo.

—¿Es usted Galway? —preguntó el individuo, receloso.

—Sí, hombre... Hable sin temor, se lo ruego.

—Está bien. Yo tomé parte en el robo de la estatua. Había trabajado temporalmente para Henshaw y volvió a contratarme para la operación. En un principio, creí que se trataba simplemente de un traslado, pero más adelante, al leer los periódicos, pude darme cuenta de que era un robo.

—Y ahora quiere descargar su conciencia, ¿no? —dijo Galway sarcásticamente.

—Bueno, algo por el estilo... pero con su ayuda... económica —contestó Peyt.

—Muy bien. Diga su cifra.

—Sé dónde está la estatua. Mi precio son cincuenta mil dólares, ni un centavo menos. Quiero marcharme de la ciudad, muy lejos, ¿comprende?

Galway se sobresaltó.

—¡Demonios!

—No rebajaré un solo centavo. Mire —continuó Peyt—, le daré veinticuatro horas para que consiga el dinero. Cuando lo tenga, le indicaré el lugar donde debemos reunirnos. Entonces, le diré dónde puede encontrar la estatua. Yo le llamaré por teléfono.

—Espere un momento —gritó Galway, adivinando que el otro se disponía a colgar—. Yo también quiero imponer mis condiciones.

—¿Condiciones? —rió Peyt—. Está en mis manos, hombre. ¿No lo comprende?

—No esté tan seguro. Con usted, adelantaría tiempo, pero acabaré por encontrar la estatua, créame. Puedo aceptar su cifra, pero habrá de atenerse a ciertas condiciones mías. Yo tendré el dinero preparado, pero no se lo entregarán, hasta que haya encontrado la estatua. Ése será el trato, tanto si le gusta, como si no.

—De acuerdo, me parece muy bien que tome sus precauciones...

—Oiga, Peyt, dígame dónde está e iré a verle ahora mismo. Puedo firmarle un cheque y cobrará el dinero apenas abran el Banco, se lo garantizo. Usted me ha llamado porque ha oído mi

nombre en los periódicos, ¿no es así?

—Cierto —admitió el sujeto—. Pero, un cheque...

—Creo que ya conoce mi fama. Siempre respeto los tratos que hago. Le doy el cheque y usted me dice dónde está la estatua. Ahora son las doce, y media de la noche. ¿Cree que podré encontrarla antes de las nueve de la mañana?

—¡Claro que sí!

—Porque si no fuera así, llamaría al Banco para cancelar el cheque.

—No lo cancelará. Venga al número ochocientos setenta y tres de la calle Williams, apartamento

3 F.

Le espero.

Sonó un «click» Galway se volvió hacia la chica con los ojos muy brillantes.

—Ya hemos encontrado la estatua —exclamó.

Doris había escuchado la conversación por medio del supletorio y sonrió.

—Iré contigo —dijo.

—De acuerdo.

Galway se encaminó hacia la puerta. Cuando iban a salir, ella le puso una mano en el brazo.

—Pip, ¿por qué te ha llamado Peyt? —dijo.

—Es muy sencillo. Le pagaron una miseria y ahora quiere sacar una tajada mayor.

—Sí, puede que tengas razón —convino Doris.

La calle estaba desierta en aquellos momentos. A lo lejos, se divisaban las luces rojas de un coche que se alejaba a toda velocidad. Galway abrió la portezuela de su vehículo y saltó al suelo. Doris lo hizo por el otro lado.

Ambos levantaron la cabeza hacia el edificio en donde vivía Peyt. Doris hizo una mueca.

—No parece precisamente un palacio —comentó.

—Es el sitio lógico donde puede vivir un tipo como Peyt —dijo Galway. Agarró el brazo de Doris y la empujó hacia la puerta.

Entraron en el edificio. La escalera era vieja y sucia. Se veía claramente que el dueño no quería gastarse en reparaciones.

—Espera que los inquilinos se harten y acaben marchándose. Entonces, lo derribará y venderá el solar a alguna inmobiliaria.

—Con lo cual, hará el gran negocio.

—No te quepa la menor duda.

Subieron hasta en tercer piso y buscaron la puerta señalada con la letra F, Galway tocó el timbre, pero no recibió respuesta.

Insistió, muy extrañado. A su lado, Doris murmuró:

—Le ha entrado miedo y se ha largado.

—No lo creo. Sabía que iba a traerle cincuenta mil dólares.

—Pip, ¿cómo piensas recuperar ese dinero? —inquirió ella, que hasta entonces no había pensado en el asunto.

—Oh, mi cliente es muy rico... Además, la compañía de seguros pagaría muy a gusto esa suma. Se ahorrarían más de catorce millones, recuérdalo.

—Eso sí es cierto.

Por tercera vez, Galway apretó el timbre. Un tanto irritado, agarró el pomo y lo hizo girar.

La puerta se abrió sin dificultad. Galway apreció que todas las luces estaban encendidas.

Reinaba un silencio absoluto. El joven empezó a presentir que algo no iba como debiera.

Avanzó unos pasos. Entonces, vio el cuerpo hecho un ovillo en el suelo.

—Quieta, Doris.

Pero ya era tarde. Ella vio el cadáver y se estremeció horriblemente.

—Oh, Dios mío...

—No mires —ordenó Galway.

Con todo cuidado, se arrodilló junto al cadáver. Peyt había recibido un balazo en el pecho. Ya no tenía pulso, a pesar de que la sangre se veía todavía fresca.

Durante unos segundos, permaneció en la misma posición. De pronto, observó algo extraño.

Había sangre en la yema del índice de Peyt. A un palmo de distancia de la mano, ahora engarfiada, divisó tres letras apenas legibles.

—Doris, el asesino cometió un error —dijo.

—¿Hay algún rastro? —preguntó ella, vuelta de espaldas al

cadáver.

—Tras letras: FUN. Sin duda, quiso escribir un mensaje, pero con su propia sangre, pero las fuerzas le fallaron antes de acabarlo. Ése es el error del asesino: no haberle disparado a la cabeza.

—Por tanto, no murió instantáneamente.

—En efecto. —Galway se levantó—. Es una pista muy pequeña, pero puede servirnos de algo.

Sacó su pañuelo y borró las letras. Después de guardarlo en el bolsillo, empujó a la muchacha hacia la salida.

—Doris, cuando llegábamos, vimos un coche que se alejaba rápidamente —dijo.

—Sí, lo recuerdo.

—Ahí se marchaba el asesino. Fue una lástima, ¿verdad?

—Pero lo encontraremos —exclamó ella, resuelta.

—No lo dudes —confirmó Galway—. FUN... ¿Qué diablos podrá querer decir? —masculló.

—No lo sé, no se me ocurre la menor idea —contestó Doris.

CAPÍTULO IX

Galway estuvo ausente buena parte de la mañana. Cuando regresó a su casa, traía en la mano un gran bulto, cubierto por una tela. Doris lo contempló expectantemente.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Galway sonrió. Quitó la tela y una gran jaula quedó al descubierto. En su interior, había un par de pájaros de buen tamaño, de una especie muy vulgar, según pudo apreciar la muchacha.

—¿Te dedicas ahora a la avicultura? —preguntó irónicamente.

—No. Simplemente, serán mis exploradores.

De pronto, Doris lanzó un chillido:

—¡Pero si están muertos!

—Disecados, es la palabra correcta —puntualizó Galway.

—No entiendo para qué los quieres... Dos pajarracos, disecados, y la jaula, que no les sirve para nada.

—Hay personas a quienes les gustan las aves disecadas y hasta las tienen en una jaula. El caso es que el vendedor no quiso dármelas a ningún precio, si no me llevaba también la jaula. Tuve que ceder, claro.

—Pero sigo sin comprender su objeto —insistió ella.

—Ya lo sabrás en su momento. ¿Ha llamado alguien?

—No. Pip, yo me he pasado la mañana intentando averiguar qué significan esas tres letras, pero no he conseguido nada. Y eso que me he repasado toda la letra F de la guía telefónica. Lo siento.

—No te preocupes; ya encontraremos su significado. ¿Qué dicen los periódicos?

—La noticia del asesinato de Peyt está en las páginas interiores. No es un caso que atraiga demasiado la atención.

—Sí, salvo para el interesado, al cual ya no le importan los comentarios. Bueno, voy a terminar el equipo de asalto. ¿Tienes

ropas oscuras?

—En mi apartamento...

—Cámbiate antes de que sea de noche. Pantalones, si es posible.

—Sí, Pip.

—Llévate el «Volkswagen».

—Gracias.

Galway se quedó solo. Estuvo trabajando durante un buen rato y luego se dirigió al teléfono.

—Deseo hablar con el señor Burleigh —manifestó momentos después—. Soy Galway.

El escultor contestó unos segundos más tarde:

—No tengo nada que decirle, señor Galway —exclamó ásperamente—. Y, por favor, le ruego no vuelva a molestarme...

—Cyril, la estatua, ¿es absolutamente maciza?

Hubo un momento de silencio. Luego, Burleigh, con voz tensa, contestó:

—No sé qué quiere decir, Galway.

—Lo he expresado con absoluta claridad. ¿Es totalmente maciza? ¿No hay algún hueco en su interior?

Sonó un fuerte «click» Galway se dio cuenta de que Burleigh había golpeado el teléfono contra la horquilla, furioso... o quizá muy nervioso.

Reflexionó durante unos segundos. Burleigh, se dijo, estaba en una crítica situación. No había que pensar en él como uno de los asesinos, sino que era una simple pieza, aunque muy importante, en un engranaje que, hasta el momento, había funcionado a la perfección. Pero el escultor había tomado parte en la operación, simplemente por codicia, y ahora no sabía cómo salirse de un asunto que le podía costar la cabeza.

Después de la visita a Faversham volvería a la carga con Burleigh, decidió finalmente.

Doris regresó a última hora de la tarde, vestida con un *pullover* y pantalones de color negro.

—¿Estoy bien así?

—Apetitosísima —rió Galway—. ¿Cuánto tiempo hace que un hombre no te ha dicho que estás para comerte a besos?

—Y, ¿a cuántas se lo has dicho antes de ahora?

—Me has devuelto la pelota merecidamente. Encanto, sal ahora

al jardín y procura acariciar a «Kira», la perra de la vecina. Pásale la mano por la cabeza y por el lomo varias veces. Es un animal muy manso y cariñoso, no temas un mordisco.

Doris se quedó con la boca abierta.

—¿Qué tiene eso que ver con el asalto a la residencia de Faversham? —exclamó.

—«Kira» es el seguro contra los ataques de los mastines que guardan esa residencia —contestó él muy serio.

La tapia se alzaba a unos cuatro metros sobre sus cabezas. Galway contempló durante unos instantes la triple hilera de alambre de espino que coronaba la barba. En la oscuridad de la noche, los aisladores de porcelana resaltaban como di minutas manchas blancas.

Por si fuera poco, cada hilera de alambre de espino era doble, lo que incrementaba las dificultades. Galway se agachó y abrió el saco que había llevado consigo. Doris, a su lado, contemplaba expectantemente todas sus maniobras.

Galway sacó uno de los pájaros disecados y lo arrojó contra la alambrada. Instantáneamente, sonaron unos fuertes estallidos, a la vez que brillaban varios relámpagos azulados. Luego, todo volvió al silencio.

A los pocos momentos, se oyeron voces en el interior del parque.

—¡Alguien trata de entrar!

—¡No lo dejen escapar! —tronó Faversham.

—¡Jerry, suelta los perros!

Galway y Doris se agazaparon al pie de la tapia. Al cabo de unos minutos, se oyeron más voces justo al otro lado del sitio en que se encontraban.

—¡Ahí está!

—Es un pájaro. Tropezó con los alambres.

—¡Malditas aves! —se quejó Faversham—. Empiezo a sospechar que esa protección acarrea más incomodidades que ventajas.

—Subiré a quitarla...

—No, déjala donde está. No conectes la corriente por esta noche. Mañana empezaré a pensar otro sistema mejor de protección. En tres semanas, es el séptimo pajarraco que nos hace levantar de la cama a media noche. Por ahora, bastará con los perros.

—Sí, señor.

Las voces se alejaron. Galway sonrió en la oscuridad. Doris asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Con que exploradores, ¿eh? —murmuró.

—Todavía me queda otro, que traje como reserva, aunque parece que ya no será necesario. Esperemos, Doris.

—Quedan los perros —recordó ella.

—¿Para qué está el olor de «Kira» en celo?

—Hombre astuto...

Galway dejó pasar todavía una hora, antes de iniciar el asalto. Desconfiado, sin embargo, arrojó el segundo pájaro disecado, pero en esta ocasión no hubo chispazo. Así se persuadió de que la corriente había sido desconectada.

Luego sacó una cuerda, provista de un arpeo de tres garfios, que lanzó hacia arriba. Tenía ya unas cizallas colgadas del cinturón y se izó arriba con sorprendente celeridad. Doris oyó los chasquidos del alambre que saltaba y luego percibió la voz del joven:

—En el extremo de la cuerda hay un lazo. Mete el pie derecho y agárrate fuerte.

Ella obedeció en el acto. Inmediatamente, se sintió izada como una pluma. Galway, con una sola mano, la hizo cabalgar sobre la barda, ya despejada de obstáculos.

—Yo bajaré primero —dijo—. Descuélgate con la cuerda.

—Muy bien.

Galway puso el pie en el suelo y alargó las manos para refrenar el descenso de la muchacha, a quien supuso inexperta en tales cuestiones. Doris bajó muy pronto, sin daño alguno.

—¿Y ahora?

—Cuidado, vienen los perros.

El joven se situó delante. Los canes trotaban silenciosamente, las fauces abiertas, emitiendo sordos gruñidos, pero se detuvieron con sorprendente mansedumbre ante Galway, quien correspondió con unas caricias en las formidables cabezas.

Doris se creía presa de una pesadilla. Todavía no estaba muy segura de sentirse completamente despierta.

Al cabo de unos momentos, los perros se alejaron, dando grandes brincos. Galway se volvió hacia la muchacha.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Eres un brujo —respondió ella—. ¿Has hecho algún pacto con

el diablo?

Galway rió suavemente. En el mismo momento, se encendieron las luces de la casa.

—¡Agáchate! —ordenó el joven.

Doris temblaba de pánico.

Sin duda, pensó, habían accionado alguna alarma desconocida y ahora vendrían a buscarles. No lo iban a pasar muy bien, se dijo.

A su lado, Galway contemplaba con suma atención lo que ocurría en el interior de la residencia. De pronto, se oyó la voz de Faversham:

—¡Rip, tengo que salir! Blake y Leadville vienen conmigo. Quédate en la casa. Abre bien los ojos, ¿entendido?

—Sí, señor.

—La llamada parece auténtica... pero puede que se trate de un ardid. Si es así, alguien lo va a pagar muy caro.

—Váyase tranquilo, señor Faversham.

A los pocos momentos, se oyó el rugido de un motor. Un coche descendió por el sendero central, atravesó la puerta y se perdió rápidamente a lo lejos. Galway se incorporó al cabo de unos segundos.

—Creo que podemos seguir —murmuró.

—¿Adónde diablos ha podido ir Faversham? —dijo Doris—. No tengo la menor idea y no importa mucho por ahora. Ven, sígueme y no hagas el menor ruido.

En completo silencio, avanzaron hacia la casa. Al llegar junto a una de las paredes, Galway se acercó a la ventana más próxima y miró por encima del antepecho.

El vigilante estaba allí, repantingado en un butacón, con los pies encima de una silla, una copa en la mano derecha y un habano en la izquierda.

—Parece un hombre absolutamente feliz —comentó Doris—. Tú puedes hacer que se sienta aún más feliz —dijo Galway.

—No entiendo...

—¿Llevas sostén bajo el *pullover*?

—¡Pip! ¿Qué estás diciendo? —se escandalizó ella.

—Necesito tus encantos físicos —sonrió Galway.

Le explicó su plan. Ella remoloneó un poco, pero acabó por

quitarse el jersey.

—No tardes —pidió.

—Descuida.

Con el *pullover* en la mano izquierda, Doris avanzó hacia la puerta, que abrió sin dificultad. Galway la seguía a pocos pasos de distancia.

Doris atravesó el vestíbulo. Galway corrió para situarse junto a la puerta del salón en que se hallaba el vigilante. Ella le consultó con la mirada. Galway hizo una seña afirmativa con la cabeza.

La muchacha abrió la puerta.

—Hola, encanto —sonrió, adoptando una postura claramente provocativa.

El vigilante se quedó con la boca abierta al ver a una hermosa desconocida en el umbral. Doris sonreía voluptuosamente, con el pulgar entre los dientes, a la vez que hacía voltear el jersey negro con la mano izquierda.

—¿Cómo estás, muchacho?

Se quitó el pulgar de la boca y, con dos dedos, bajó el tirante derecho del sostén. La nuez del guardián subió y bajó repetidas veces.

El hombre quitó los pies de la silla y se levantó.

—¿De dónde has salido, preciosa?

—Faversham me ha contratado. Parece ser que estáis muy aburridos —contestó ella.

—No lo sabes bien —rió el vigilante, a la vez que avanzaba hacia Doris.

La muchacha retrocedió un par de pasos, sin abandonar su postura provocativa. El vigilante cruzó el umbral y, en el mismo momento, creyó que le cortaban el cuello.

Era solamente el filo de la mano de Galway. Fue un golpe seco, sumamente efectivo. El vigilante se desplomó como una masa inerte.

—Bueno, ahora sólo resta atarlo como un salchichón y amordazarlo para evitar que grite —dijo Galway—. Doris, eres una magnífica actriz.

Ella estaba poniéndose ya el *pullover*.

—Nunca hice una cosa semejante —confesó.

—Pero ha dado resultado —exclamó él alegremente.

—¡Uf! Tenía tanto miedo, que llegué a pensar que iba a fundirme como un helado al sol.

Galway oyó aquellas palabras y frunció el ceño. Doris apreció en el acto el cambio de expresión.

—¿Qué te ocurre, Pip?

—Nada —contestó él un tanto envaradamente—. Vamos a acabar esta parte de la tarea.

CAPÍTULO X

El vigilante, aunque ya despierto, estaba completamente inmovilizado. Había furia en sus ojos, pero era todo lo que podía hacer. Galway se aseguró de que no hubiese un teléfono a su alcance y luego, en unión de la muchacha, abandonó el salón.

—Vamos a hacer un recorrido completo por la casa —dijo.

Al otro lado del vestíbulo había una biblioteca, vacía en aquellos momentos. En la cocina y las habitaciones del servicio no había nadie.

—Me extraña que sólo haya un vigilante en la casa —murmuró el joven—. Faversham debería de tener al menos una doncella y una cocinera... pero sólo hay hombres. ¿Por qué?

—Un poco raro parece, en efecto —convino la muchacha—. Creo que un tipo como él debería tener algo más que guardaespaldas como servidumbre.

—Y, sin embargo, no es así. Pero no creo que tardemos mucho en averiguar los motivos. Vamos al primer piso.

Las habitaciones que registraron estaban igualmente vacías. Galway se sentía muy perplejo.

—Algo falla, algo no es lógico —murmuró, desconcertado.

Miró a su alrededor. El pasillo superior le pareció de pronto más corto de lo que podía corresponder, habida cuenta que era paralelo al eje mayor del edificio.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego reparó en los grandes cortinajes que había en el otro extremo del corredor y, sin vacilar, echó a andar hacia allí y los descorrió de un manotazo.

—Ah, hay una puerta —exclamó.

—La puerta de Barba Azul —se estremeció Doris.

—No seas lúgubre —le apostrofó él—. Es una puerta corriente... pero está cerrada con llave —añadió, después de probar con el picaporte.

—Échala abajo, Pip.

—No será necesario.

Galway metió la mano en uno de los bolsillos de su cazadora de cuero negro y sacó una carterita repleta de ganzúas. Al cabo de varias pruebas infructuosas, encontró la adecuada, que les permitió franquear el paso sin mayores inconvenientes.

Una vez hubieron cruzado el umbral, se encontraron en una sala, lujosamente decorada, pero también desierta, contra lo que había esperado en un principio. Era más bien un cuarto de estar, provisto de una estantería con numerosos libros, una radio y un televisor. En una mesita auxiliar, divisaron varias revistas ilustradas.

Había dos ventanas, pero estaban tapadas por sendas cortinas. Extrañamente, el televisor estaba en funcionamiento, aunque el sonido se producía a muy bajo volumen.

De pronto, Doris lanzó una exclamación:

—¡Pip, aquí sucede algo extraño!

—¿Qué es, Doris?

—Ese programa que aparece en la pantalla... ¡Lo emitieron hace dos semanas!

Galway respingó.

—¿Estás segura?

—Es uno de mis favoritos y ese episodio de «Con ocho basta», lo dieron hace quince días, insisto —dijo ella firmemente.

Galway frunció el ceño a la vez que se acercaba al televisor. Entonces vio al lado un aparato reproductor de imagen y sonido.

Durante unos segundos, contempló la grabadora de video. Resultaba incomprensible que se reprodujese un episodio emitido dos semanas antes. ¿Qué utilidad tenía aquello?

De pronto, Doris se llevó las manos a las sienes y murmuró:

—¡No, eso no es cierto! ¡Yo no amo a Faversham! ¡No le amo, no podría amarle por todo el oro del mundo!

Galway se volvió, atónito. Por un momento, pensó que Doris había perdido la razón. Ella tenía los ojos entrecerrados y se estremecía convulsivamente.

—¡No amo a Faversham! —repitió una y otra vez, obsesivamente, ajena por completo a cuanto le rodeaba.

Galway permaneció unos momentos irresoluto. Luego agarró a

la muchacha por los hombros y la hizo girar en redondo.

—Despierta, Doris —exclamó—. Vuelve en ti.

Ella abrió los ojos torpemente.

—Faversham... ¡Eres Pip! —exclamó.

—Pues claro que soy yo. ¿Quién creías que podía ser?

Doris parecía muy aturrida.

—Alguien me ordenaba amar a Faversham... No sé cómo, pero lo percibía dentro de mi cerebro. Era una voz misteriosa, que salía de la pantalla.

Galway lanzó una exclamación. De pronto, había comprendido.

—Espera, abriré una ventana para que entre el aire y te despejes —dijo.

Descorrió una de las cortinas y alargó las manos hacia el picaporte. Entonces, se quedó rígido como una estatua.

—Esos barrotes...

Doris se volvió.

—Parecen las rejas de una celda carcelaria, Pip.

Galway parecía una estatua. Súbitamente, giró a su derecha y corrió hacia la puerta que había en la pared de aquel lado. Doris se le acercó presurosamente.

La mano de Galway hizo girar el picaporte. Abrió, buscó el interruptor de la luz y entonces vio a la mujer que dormía plácidamente en el lecho sitiado en la otra habitación.

—¡Es Carol! —gritó Doris.

—Exactamente —confirmó Galway.

Doris subió de la cocina con una bandeja en las manos. Situado junto al lecho, Galway procuraba que Carol aspirase las sales de un frasco. La joven se resistía a la operación.

—Déjenme, déjenme... Yo debo seguir aquí...

—He puesto coñac en el café —dijo Doris.

—Has hecho bien, pero me parece que esta pobre chica va a necesitar algo más. Deja la bandeja y abre el grifo de la ducha.

—Sí, le sentará bien.

Galway agarró en brazos a Carol y la metió en la bañera. La modelo protestó al sentirse el chorro de agua fría y trató de escapar, pero el joven la mantuvo firmemente durante unos minutos, hasta que vio que su excitación daba muestras de apaciguamiento.

—Doris, una manta —pidió.

La chica obedeció. Galway envolvió a Carol en la manta. Doris le hizo beber unos sorbos de café.

—¿Se siente mejor, Caro? —sonrió Galway poco después.

Ella les miraba torpemente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Pero, Carol, soy Doris *Hack* —exclamó la chica—. ¿No me reconoces?

—Creo que te he visto en alguna parte...

Galway interrumpió perentoriamente el breve diálogo entre las dos mujeres:

—Doris, ayúdala a vestirse —ordenó—. Hemos de irnos inmediatamente.

—Está bien, Pip.

—¿Quién es él? —preguntó Carol.

—Se llamaba Pip Galway y te buscaba por encargo de míster Smith. A ése sí lo conoces, creo —dijo Doris.

—Smith...

Mientras Doris ayudaba a Carol a ponerse ropas de calle, Galway, en la sala, se dedicaba a una operación que estimaba iba a resultar fructuosa. Buscó junto al televisor y cargó con todos los cartuchos de video que pudo encontrar allí, incluyendo el que habían visto en el momento de su llegada. Sin el menor escrúpulo, arrancó una de las cortinas y puso en ella todas las cintas, atándola a continuación por las cuatro puntas. Doris y Carol salieron a los pocos instantes.

Carol parecía mejorar con rapidez. Galway le dirigió una cálida sonrisa.

—Pronto habrá pasado esa pandilla —dijo, a la vez que la cogía por un brazo—. Salgamos, antes de que sea demasiado tarde.

Corrieron hacia la escalera, atravesaron el vestíbulo y salieron al exterior. Galway juzgó conveniente atravesar el jardín y utilizar la cancela eléctrica, a fin de evitar a Carol los riesgos de saltar por la tapia, cosa nada conveniente dado su estado.

Los perros no les molestaron. Galway llegó a la caseta del vigilante y accionó el mando de apertura. Cuando las dos chicas hubieron salido, cogió una silla y la puso en el punto donde se cerraba la cancela. Doris presenció extrañada la operación y vio que la reja quedaba detenida a cuarenta o cincuenta centímetros de la

tapia.

—¿Por qué haces eso? —inquirió.

—El motor quedará en funcionamiento y acabará quemándose. Es posible que también se queme el resto de la instalación eléctrica.

—Un regalo de despedida para Faversham.

—Sí.

El coche de Galway había quedado a una distancia prudencial. Momentos más tarde, emprendían el camino de regreso a la ciudad.

—La explicación es muy sencilla —dijo Galway más tarde, en su propia casa, a la vez que mantenía en alto una de las cintas de video—. Faversham, a mi entender, está locamente enamorado de Carol, pero no es correspondido. Sin embargo, la quería a su lado a toda costa y, a fin de ganarse su amor, recurrió al truco de influenciar su subconsciente.

»Para ello, hizo intercalar en las cintas, a intervalos de medio minuto, aproximadamente, un “*flash*” muy rápido, que resulta invisible para la retina, pero que, no obstante, es captado y “almacenado” por el cerebro. Es muy sencillo: en la sucesión de imágenes se intercala una frase, corta, desde luego, pero muy significativa. A la larga, el cerebro es bombardeado y recoge esa información, que almacena y estimula así luego los sentimientos psíquicos y hasta físicos.

»Es lo que se llama percepción subliminal, en donde la mente consciente no aprecia nada, pero si es impresionado el subconsciente, lo que, a la larga —a la corta en tu caso—, influencia al sujeto que es objeto de la experiencia. Faversham, en suma, hizo grabar una corta frase, que se repetía ciento veinte veces por hora: “Amo a Faversham”».

Doris asintió.

—Y por eso yo chillé y protesté, diciendo que no era cierto.

—Exactamente. Tus retinas captaron la frase, pero no la retuvieron, enviándola sin embargo al cerebro, donde sí impresionó tu subconsciente.

—Lo cual significa que yo soy muy receptiva a esa clase de experimentos.

—A juzgar por las pruebas, sí, pero no temas: es algo prohibido... porque ya se intentó hacer publicidad subliminal y fue

prohibido y está considerado como delito. Claro que eso no reza con Faversham, pero, afortunadamente para Carol, su mente ha quedado ya libre de esa presión.

—Está dormida —sonrió Doris.

—Pronto tendrás que despertarla —dijo él—. Míster Smith está a punto de llegar.

—Con lo cual habrás dado por terminado el caso.

—No. Quiero encontrar la estatua.

—Pero tiene dueño —alegó Doris.

—Esa estatua ha costado ya varias vidas y yo tengo un empeño particular en examinarla a fondo. Como dice el refrán, no es oro todo lo que reluce.

—¿Y cómo sabrás que es oro? Eso, suponiendo que la encuentres, Pip.

—Sé dónde está —sonrió él—. Tú misma me diste la idea, cuando dijiste que creías fundirte como un helado.

—Pues no lo entiendo...

—Peyt intentó escribirlo con su propia sangre, pero no tuvo tiempo. Sólo pudo escribir tres letras: FUN... «Fundición»... El lugar donde fundieron el oro, donde fundían los bronce de anteriores estatuas de Burleigh.

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. Es cierto, Pip... Pero hay que averiguar dónde está la fundición.

—Ya lo sé —contestó él—. Y, para tu tranquilidad, te diré que también sé cómo comprobar si la estatua es toda de oro puro.

—Si la pesas, y luego comparas el resultado con el peso de Carol, teniendo en cuenta la densidad del oro...

—He ideado otro procedimiento mejor, más seguro, que me permitirá averiguar los datos al gramo. Pero antes tengo que hablar con Burleigh; quiero evitarme un posible trabajo y él sabe algo sobre la estatua, que yo no he conseguido averiguar.

—¿Irás ahora mismo?

—Sí.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Debe de ser Smith —dijo Galway—. Anda, despierta a Carol y procura que esté bien guapa.

—¿Podrá reaccionar, después de lo que ha pasado durante más de un mes?

—Sí, seguro, porque ahora está libre de toda presión y ella ha amado siempre a mi amigo —contestó el joven firmemente.

Carol apareció momentos después en la puerta de la sala. Aún estaba muy pálida, pero sus ojos resplandecieron al ver al hombre de quien estaba verdaderamente enamorada. Smith quiso hablar, pero no encontraba palabras con las cuales expresarse en aquellos instantes.

De pronto, Smith y Carol echaron a correr en direcciones opuestas y se fundieron en un estrecho abrazo. Doris sintió que se le humedecían los ojos.

—Es maravilloso —musitó—. A mí también me gustaría sentir un amor semejante. ¿Y a ti, Pip?

Extrañada al no recibir respuesta, Doris se volvió. Galway había desaparecido.

CAPÍTULO XI

Galway llegó al estudio del escultor y, en lugar de llamar a la puerta de la casa, dio la vuelta y entró por la otra puerta de la casa, dio la vuelta y entró por la otra puerta, la que daba directamente al lugar de trabajo de Burleigh. El estudio, aunque adosado al edificio era una entidad separada y no quería tener obstáculos con el sirviente del artista.

La puerta estaba entornada. Frunció el ceño al darse cuenta del detalle. Empujó un poco con el codo y entonces vio una cabeza destrozada a martillazos.

Era un espectáculo nauseabundo. Junto al cadáver de Burleigh se divisaba un pesado mazo, indudablemente utilizado por el escultor para cincelar. Ahora había sido usado para un fin mucho menos noble.

Burleigh, especuló, había sido otro eslabón débil, lo que había causado su muerte, y no hablaría, se dijo decepcionado.

Avanzó unos pasos, alguien se había ensañado con Burleigh, seguramente presa de un irrefrenable ataque de cólera. El asesino se había ensañado con su víctima. No se trataba solamente de asegurarse de su muerte. Era una sucia y horrible venganza... pero, apreció, el criminal había dejado allí el rastro que debía conducirlo a su perdición. Sin duda, el asesino había intentado registrar el estudio, después de matar a Burleigh yendo de un lado para otro, alocadamente, muy nervioso. En uno de sus frenéticos paseos, había pisado en parte la sangre derramada. Allí, en el suelo, a un metro de la cabeza de Burleigh, se veía, nítida, la huella de un zapato.

—Te conducirá a San Quintín para el reto de tus días —murmuró.

Luego buscó el teléfono, utilizando un pañuelo para no dejar sus huellas. Marcó el número de su propia casa muy pronto.

—Doris, soy Pip. ¿Siguen ahí Carol y mi amigo?

—No, se han marchado... Pip, ¿dónde estás?

—En el estudio de Burleigh. Ha sido asesinado.

—¡No! —chilló la muchacha.

—Estoy viéndolo: Ahora voy a avisar a la Policía. Espérame en la puerta. Pasaré dentro de una hora.

—Muy bien... Eh, ¿adónde vamos?

—A encontrar la estatua.

Galway no quiso añadir una sola palabra. Marcó otro número, informó a la Policía y luego corrió en busca de su coche.

Doris estaba en la puerta de la casa una hora más tarde, cuando, enormemente sorprendida, vio que se detenía ante la puerta un camión grúa, pilotado por el propio Galway. Todavía se sentía atónita al ocupar un puesto junto al improvisado camionero.

—Eres una fuente inagotable de sorpresas —dijo—. ¿Para qué necesitamos este camión?

—Te dije que necesitaba pesar la estatua y eso es precisamente lo que vamos a hacer —contestó él, a la vez que ponía el vehículo nuevamente en marcha.

—Eso significa que sabes dónde está.

—Justamente. Sin embargo, antes vamos a recoger a Smith y a Carol. Necesito que estén presentes.

—¿Testigos?

—Sí.

—Pip, a pesar de todo, la estatua tiene un dueño.

—No lo olvido ni por un instante. Pero ¿te has fijado en el hecho singular que significa no ya su desaparición, sino que Carol haya estado secuestrada más de cuatro semanas, sin moverse de la residencia de Faversham?

—No entiendo bien lo que quieres decir —alegó ella.

—Pronto lo comprenderás todo, no te preocupes.

Treinta minutos más tarde, una sorprendida pareja subía a la cabina del camión, que disponía de una doble fila de asientos. Entonces, Galway orientó el vehículo hacia su objetivo y, veinte minutos después, se detenía ante una gran puerta, sobre cuyo dintel podía leerse un rótulo significativo:

FUNDACIONES ARTÍSTICAS BURLEIGH

—Eh, esto era del escultor —exclamó Doris.

—Sí, tenía su propio negocio de fundición, con lo que se ahorra bastante dinero, al no tener que pagar facturas a gente extraña. Y, además, le permitía... cosas ilegales.

Doris creyó comprender y se apeó del camión, seguida de Carol y Smith. Galway se acercó a la puerta, comprobó que estaba cerrada y sacó su carterita con las ganzúas.

A los pocos momentos, el paso quedó libre. Regresó al camión y lo hizo entrar en un patio, en donde se divisaban numerosos materiales abandonados. Aquí y allá se veían «cáscaras» de arcilla y yeso, que habían servido como moldes para anteriores obras de arte. En el extremo opuesto a la entrada, podía verse la chimenea del horno de fundición, situado en el interior de un cobertizo de mampostería, con tejado de chapa acanalada.

Galway maniobró con el camión, hasta situarlo junto a la puerta del cobertizo, que abrió poco después por el mismo procedimiento. Smith y las dos mujeres contemplaban expectantemente todas las operaciones.

Luego, abrió la puerta del cobertizo. Situada sobre una carretilla eléctrica, se veía un bloque de mármol, de forma cúbica.

—Ese mármol desentona aquí —dijo Doris.

—Claro que sí —sonrió Galway.

Buscó con la vista y no tardó en encontrar un pesado martillo. Se aproximó al bloque, lo contempló unos momentos y luego, súbitamente, descargó el primer golpe.

Doris gritó. No era mármol, sino yeso muy bien pintado, que saltó fácilmente a los martillazos asestados por Galway. Segundos más tarde, la estatua de oro, resplandeciente, increíblemente hermosa, apareció a la vista de todos los presentes.

—Es... fantástica —murmuró Doris, que había perdido el aliento.

Galway se volvió hacia la modelo de aquella incomparable obra de arte:

—Carol, ¿recuerdas exactamente tu peso cuando tomaron el molde sobre tu cuerpo?

—Sí, cincuenta y cinco kilos y seiscientos gramos —respondió la interpelada—. Lo sé muy bien, porque Burleigh insistió en que me pesara con la mayor exactitud posible.

—Eso explica muchas cosas —sonrió Galway—. Pero no todas.

Trepó al asiento de la carretilla y la puso en marcha.

—Bueno, vamos al trabajo —añadió jovialmente.

Lo primero que hizo Galway fue desembarcar del camión una larga caja de metal, con forma de paralelepípedos y de dos metros de largo, por un de ancho y otro de profundidad. La situó en el suelo y, con la ayuda de un nivel buscó su perfecta horizontalidad. Luego la llenó de agua, con la ayuda de una manguera conectada a un grifo situado en el patio. Cuando la caja estuvo completamente llena, de modo que el agua llegase exactamente al borde, volvió al camión y manejó la grúa.

La estatua, horizontal, sostenida por dos delgados cables de acero, empezó a descender muy lentamente hacia la caja. Galway procuró la máxima lentitud, que le garantizaba, asimismo, la máxima exactitud en la operación.

La estatua empezó a desalojar agua. La caja, situada a la izquierda de la cabina, permitía vigilar la operación con todo detalle. Cuando la estatua estuvo completamente sumergida, Galway paró el motor de la grúa y dejó que el agua quedase quieta por completo. Cinco minutos más tarde, izó la estatua de nuevo y la dejó suspendida sobre la caja durante diez minutos más, a fin de permitir que escurriese por completo hasta la última gota de líquido.

Al terminar, apartó la estatua a un lado y saltó al suelo. Luego introdujo una cinta métrica en la caja y midió la cantidad de líquido que quedaba.

—Si mis cálculos son exactos, la estatua ha debido desalojar cincuenta y cinco litros y seiscientos cincuenta mililitros, es decir, centímetros cúbicos. Pero eso ahora lo podremos comprobar.

Sacó del bolsillo una calculadora y efectuó unas cuantas operaciones. Al terminar, miró satisfecho a los silenciosos espectadores.

—El agua desalojada mide cincuenta y cinco litros y setecientos veinte centímetros cúbicos, porque hay que tener en cuenta el volumen de los cables que sostenían la estatua y que también se sumergieron —dijo.

—Pero una estatua de plomo también habría desalojado la misma cantidad de líquido —adujo Smith.

—Es cierto —convino el joven—. Y por eso, vamos a pesar la

estatua en aquella báscula situada en el rincón la que, o mucho me equivoco, o funciona con exactitud de pocos gramos. Burleigh la necesitaba para sus cálculos acerca del metal que debía emplear en sus obras de arte.

—Si es oro, pesará mil sesenta y dos kilos —dijo Doris.

—Más doce kilos y quinientos cincuenta y ocho gramos, peso que corresponde a los seiscientos cincuenta gramos que Carol rebasaba de los cincuenta y cinco kilos —puntualizó Galway—. Aunque la estatua pese más o menos un par de decenas de gramos, si la diferencia no rebasaba esta cifra, podremos afirmar que, efectivamente, está hecha de oro puro.

La cifra que dio la báscula era de 1055'158 kilos. Galway se quedó desconcertado.

—Falta el peso correspondiente a un decímetro cúbico, aproximadamente —dijo—. Es decir, tendría que marcar mil setenta decímetros cúbicos, aproximadamente —dijo—. Es decir, tendría que marcar mil setenta y cuatro kilos y medio y marca muy poco más de los mil cincuenta y cinco. La diferencia, por tanto, es de diecinueve kilos y casi medio.

—Entonces, ¿dónde está ese oro? —preguntó Doris, no menos desconcertada que Galway.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Galway se volvió hacia la modelo.

—Carol, después de terminada la estatua, Burleigh te llamó para hacer en ella algunos retoques —dijo.

—Sí —confirmó ella—. Dijo que quería repasar el vientre... Le vi limar, soldar con oro líquido...

—¡Soldar! —exclamó Galway—. Creo que he encontrado la solución.

La estatua yacía ahora sobre una gran mesa, lo suficientemente sólida como para soportar el peso de más de una tonelada de oro. Galway, con la ayuda de un soplete, fue derritiendo el oro en el ligeramente combado vientre de la estatua, sin importarle que el metal líquido se derramase por los flancos. Un cuarto de hora más tarde, vio aparecer una raya circular, muy fina, de unos quince centímetros de diámetro.

Dos orificios circulares, de un centímetro, surgieron también en el interior del círculo, separados por una distancia de doce

centímetros. Galway sonrió satisfecho.

En un rincón encontró sendos trozos de varilla de acero, con los cuales regresó junto a la estatua. Introdujo las varillas en los agujeros y, empuñándolas resueltamente, hizo fuerza en sentido contrario al de las agujas del reloj.

Se oyó un ligero chasquido. Doris apreció que el disco se había movido hacia la izquierda.

Contuvo el aliento. Galway continuó la operación poco a poco, hasta que todos los presentes pudieron apreciar lo que sucedía sin la menor dificultad.

—Parece una tapa roscada —comentó Doris.

—«Es» una tapa roscada —confirmó Galway.

Ahora ya no necesitaba las varillas. Con las manos, simplemente, pudo terminar de desenroscar el círculo, que tenía unos cinco centímetros de grosor. Entonces quedó a la vista un hueco cilíndrico, en el que algo emitía unos destellos cegadores.

—¡Dios mío! —exclamó Doris—. Son... diamantes...

—Es algo fantástico —murmuró Smith—. El valor de esos diamantes debe igualar al del oro, ¿no te parece, Pip?

—No tanto —respondió Galway—. Y estos diamantes que tenemos a la vista son, en buena parte, la solución del enigma.

—Alguien lo sabía, ¿no? —dijo Carol.

—Más de una persona, indudablemente.

—Pero ¿por qué esconder los diamantes en el interior de la estatua? —preguntó Doris.

—Digamos que estaban destinados a la «exportación». Todo el mundo había oído hablar de la estatua de oro puro, y a nadie le hubiera extrañado que su dueño se la hubiese llevado fuera del país. Con lo cual, habría podido sacar también los diamantes.

—Pero eso no explica el bloque del falso mármol —alegó la muchacha.

—Es cierto. A pesar de que la estatua, en sí, es una obra de arte, también es verdad que está hecha en oro puro, lo cual hubiera podido crear a su dueño dificultades, para sacarla del país. Introducida dentro del falso mármol, la operación podría haberse realizado sin obstáculos, puesto que, aunque el yeso es muy liviano, la estatua, en su interior, le habría conferido el peso necesario para no despertar las sospechas de los aduaneros. Naturalmente, el

bloque habría viajado en una caja de madera y, aunque en la aduana hubieran levantado la tapa, no habría visto nada sospechoso. Con lo cual, la estatua habría hecho un viaje sin inconvenientes, y, una vez en su destino, los diamantes habrían sido extraídos de su interior, y vendidos... no sé a quién, ni tampoco importa demasiado.

—Pero ¿adónde pensaban llevársela? —preguntó Smith.

—En las Bahamas hay muchos beneficios fiscales, mucha vista gorda... y Faversham tiene allí una residencia.

—Exactamente —confirmó Faversham.

CAPÍTULO XII

Doris lanzó un pequeño grito de susto. Galway se volvió y contempló tranquilamente al recién llegado, que aparecía flanqueado por sus dos guardaespaldas, ambos armados con sendas pistolas.

—Sí, tengo una residencia en las Bahamas y allí es donde iba a llevar la estatua —añadió Faversham tras un corto intervalo.

—Y yo le he estropeado el plan —sonrió Galway.

Los labios de Faversham temblaron de cólera.

—Usted, bastardo...

—Las menciones a mi origen no me afectan —contestó el joven sin perder la calma—. Me disgustaría mucho más si me llamasen asesino, cosa que puede decirse de usted sin la menor duda.

—¡Yo no soy un asesino!

—Mató a Burleigh y dejó la huella de uno de sus pies en el suelo del estudio.

Faversham perdió el color instantáneamente.

—Está mintiendo —barbotó.

—Es la pura realidad, aunque usted no quiera reconocerlo. La Policía, sin embargo, se encargará de disipar sus ilusiones a este respecto —aseguró Galway sin alternar un ápice el tono de su voz—. Tenía demasiada prisa por escapar y no se fijó en ese detalle, que servía para condenarle, sin lugar a dudas. ¿Qué le sucedió con Burleigh? ¿Acaso le amenazó con decir la verdad sobre la estatua? ¿Pidió más dinero?

»Es casi seguro que sí, porque usted ha invertido todo su capital en la estatua y los diamantes que hay en su interior, y a estas horas, apenas si le queda el metálico suficiente para pagarse los pasajes hasta las Bahamas...»

—Tengo un yate propio —contestó Faversham altaneramente.

—Sin tripulación, porque no ha podido pagarles los sueldos,

aunque no dudo que es usted capaz de tripularlo hasta su retiro. Claro que el yate iba a servirle para transportar la estatua, dentro del falso bloque de mármol; era el mejor medio de hacerlo, sin levantar sospechas. Y usted iba a marcharse a las Bahamas, porque se va a iniciar una investigación federal sobre ciertas actividades nada honestas y sabe que el resultado final le será altamente perjudicial.

»De los diamantes puede obtener fácilmente un par de millones, con los que seguir su vida de lujo y comodidades, mientras que la estatua iba a ser, además de una obra de arte, una reserva monetaria para posibles tiempos con problemas de dinero. ¿A quién se le ocurriría buscar dentro de la estatua el contrabando de piedras preciosas?

—Ese maldito Burleigh se negó a venir conmigo —dijo Faversham rencorosamente—. Lo necesitaba, para que sacara los diamantes y después dejase la estatua sin señales de la operación.

—¿Se negó o le pedía demasiado por colaborar con usted?

—Puesto que pedía lo imposible, vale tanto como una negativa. ¡A buena hora iba a darle yo la mitad de todo lo que valen la estatua y los diamantes!

—Sí, era pedir demasiado —convino Galway reflexivamente—. En realidad, usted planeó una operación que, sencillamente en apariencia, se complicó después inesperadamente... porque habían intervenido en ellas demasiadas personas.

—Lo encargué a alguien que no supo hacerlo como yo quería —refunfuñó Faversham.

—Las hermanas Cox.

—Sí, un par de zorras...

—En realidad, no lo hicieron tan mal. Lo que sucede es que, por lo visto, también querían su tajada del pastel. Por mucho que les pagase, no era tanto como podrían valer, digamos, un tercio de los dieciséis millones del oro y los diamantes juntos. Sobre todo, teniendo en cuenta que esas chicas habían eliminado ya a las personas que les ayudaron y que, luego, dándose cuenta de que habían cobrado muy poco, pidieron más y pusieron en peligro con sus exageradas pretensiones el plan que ellas habían trazado por su cuenta. Y por otra parte, usted también resultó beneficiado al morir esos cómplices, quiero decir, los que colaboraron en el supuesto

robo de la estatua.

—Eso ya no tiene nada que ver con lo que está pasando ahora —dijo Faversham—. Como sea, voy a llevarme la estatua y los diamantes. Usted me ha ahorrado un camión; me lo llevaré... y ya lo recogerá en el puerto.

—¿No teme que llame a la Policía? —sonrió Galway.

—Voy a dejarlos encerrados aquí, bien atados y amordazados, y les aseguro que pasarán veinticuatro horas largas antes de que los rescaten. Para entonces, yo ya estaré en alta mar.

—En las Bahamas hay receptores de radio. Podría dejarle allí en paz por un fraude fiscal, pero no por un asesinato —advirtió el joven.

—Hay otros sitios a dónde dirigirse, sin que me encuentren jamás. —Los ojos de Faversham contemplaron con rabia el hermoso rostro de Carol—. Maldita sea; en más de un mes, no he conseguido de ella una mirada de simpatía.

—A pesar de lo que hizo con su subconsciente.

—¿Lo sabe ya?

—Sí, me llevé un montón de cintas de video para examinarlas.

—Smith puede sentirse orgulloso de ella; su mente apenas ha sufrido mi influencia —dijo Faversham—. Pero basta ya de hablar: hemos perdido demasiado tiempo. Ahora, todos ustedes entrarán en el cobertizo...

—¡Espere un momento, Faversham! ¡Nosotras también tenemos algo que decir en este asunto! —Sonó repentinamente la voz de Lila Cox.

Lila y su hermana habían aparecido inesperadamente y ambas sostenían sendos revólveres en las manos. Los dos matones de Faversham, dándose cuenta de que tenían perdida la partida, dejaron caer sus armas en el acto y levantaron las manos.

—Faversham, hicimos un trato —dijo Lila—. Un tercio del valor total de la estatua, para nosotras...

—¡Lo dijo usted! ¡Yo no lo acepté jamás! —gritó el aludido furiosamente.

Lila se echó a reír.

—Basta que lo dijera yo, para que el trato adquiera todo su valor —contestó burlonamente—. Por tanto, nos iremos con usted y, en su refugio dividiremos la estatua en tres partes. Y los diamantes,

también. Para nosotras, insisto, un tercio —bruscamente, le apuntó con su revólver—. ¿O prefieres seis palmos de tierra encima?

Los dientes de Faversham chirriaron:

—Acepto —gruñó.

—Eso ya está mejor, —sin dejar de sonreír, Lila volvió los ojos hacia Galway—. Eres muy duro de pelar, Pip —añadió—. No pudimos contigo y por eso has llegado hasta aquí.

—Y por eso mismo, ya el primer día, enviaste a dos de los hombres de Vern Sheeton para liquidarme.

—Conocía muy bien tu fama. Era lógico que intentase deshacerme de ti a las primeras de cambio.

—Lo cual, afortunadamente, no has conseguido. ¿Tuviste que eliminar a tanta gente para evitar peligros?

—No podía hacer otra cosa —admitió Lila fríamente.

—Y Mary, sin duda, te ayudó.

—Siempre estuvimos muy unidas. Nos ha ido muy bien en nuestra agencia de servicios «muy especiales».

—Pero no supiste elegir a tus colaboradores. Vern Sheeton es el hombre más catastrófico que uno pueda imaginarse. Aunque puede que quizá lo hicieras por economía.

—Es posible, pero eso ya se ha pasado, ¿no? Pip, Faversham te ha dado una orden. Empieza a moverte hacia el cobertizo. Y tus amigos también, claro.

De repente, se oyó un gruñido bestial. Aprovechando la distracción de Lila, Faversham se agachó y recogió una de las pistolas de sus secuaces. Cuando se incorporaba, Mary hizo fuego, aunque no tan pronto que Faversham, a su vez, no pudiera hacer un disparo.

Mary lanzó un chillido, abrió los brazos, soltó la pistola y se sentó en el suelo, llevando las manos de inmediato al vientre. Loca de ira, Lila disparó contra la cabeza de Faversham, que estalló como un melón maduro.

Galway no se quedó quieto. Agarró lo que tenía más a mano, que resultó ser la tapa del hueco practicado en la estatua. Aquel trozo de oro, que pesaba casi veinte kilos, voló por los aires y golpeó con dureza el estómago de Lila, haciéndole dar un salto hacia atrás, antes de caer de espaldas sobre el suelo polvoriento.

Galway dio un par de zancadas y pateó el revólver de Lila,

arrojándolo a unos metros de distancia. Los pistoleros de Faversham, aturdidos por aquel inesperado desenlace, no se atrevían siquiera a moverse.

—Doris, avisa a la Policía —ordenó el joven—. Pide también una ambulancia.

En aquel momento, Mary se inclinó a un lado, emitió un hondo suspiro y se quedó inmóvil. Galway se arrodilló para tomarle el pulso.

Meneó la cabeza, ya no se podía hacer nada por aquella muchacha. En cuanto a Faversham, la horrible herida de su cráneo era una señal más que suficiente de la suerte que había corrido.

—Pero no entiendo —le dije días después, a mi amigo Galway, ambos repantigados en sendos butacones, en su cómoda residencia—. Medir la cantidad de líquido desalojado por la estatua era absurdo, porque, aunque hubiera sido de yeso o de plomo, siempre habrías obtenido la misma cifra.

—Cierto —convino Galway—. Una estatua de plomo aún habría pesado menos, y no digamos una de yeso, pero siendo todas de las mismas dimensiones, el resultado habría sido análogo. Ahora bien, lo que yo temía era una disminución de tamaño de la estatua.

—¿Cómo? —exclamé, intrigado.

—Muy sencillo. Hubiera bastado un rebaje de un solo milímetro en toda la superficie de la estatua, para obtener tres o cuatro kilos de oro, es decir, unas ciento diez onzas, cuyo importe puedes calcular tú mismo. Esa ligerísima disminución de tamaño habría sido imperceptible a simple vista y a su autor le habría reportado alrededor de cincuenta mil dólares. Recuerda el estriado de las monedas; se hizo así, porque, antiguamente, había quien limaba los cantos y las rebajaba de peso. El oro o la plata que obtenía de una sola moneda, era inapreciable, pero a costa de limar monedas, acababa aumentando sus ganancias...

—Basta, no sigas —dije—. Por lo que me has contado, investigaste a fondo las finanzas de Faversham.

—Debo admitirlo. Cuando un hombre como Faversham, cabeza visible de muchos negocios, algunos de ellos nada claros, se embarca en un asunto de catorce millones en oro, aunque lo disfrace de obra de arte, es que tiene motivos muy poderosos para hacerlo. Y ya conoces esos motivos.

—Sí, porque, de otro modo, podría haber encargado la estatua de mármol de Carrara.

—Pero eso no le hubiera reportado beneficios, lógicamente. Tenía que ser de oro puro.

—Y ahora, el gobierno se beneficiará...

—Es lógico, puesto que es el principal acreedor de Faversham. No obstante, tengo entendido que la estatua, debidamente restaurada, irá a parar a un importante museo de la capital. Los otros acreedores de Faversham cobrarán a su tiempo, una vez solucionados los demás aspectos legales del caso.

—¿Y Lila Cox?

—Está arrestada, bajo la acusación formal de asesinato de Faversham, único delito para el que hay pruebas irrefutables. El fiscal se contenta con ese homicidio y, en realidad, no le hace falta más para conseguir una sentencia de veinticinco o treinta años.

—Así que Faversham dejó pasar todo ese tiempo...

—En parte, por acabar de resolver sus asuntos y, en parte, porque la estatua se hallaba en la exposición y no podía llevársela antes, sin despertar sospechas. Pero ni siquiera en tanto tiempo pudo conseguir el menor signo de afecto por parte de Carol.

—A propósito —exclamé—. ¿Qué es de ella?

Galway se echó a reír.

—Pregunta mejor qué ha sido de los dos, de míster Smith y de Carol. Bien, están de viaje de luna de miel, en el yate del esposo, con rumbo a las islas de los Mares del Sur...

Serán inmensamente felices y se amarán mientras vivan.

—Una bonita perspectiva —comenté—. ¿Puedes decirme algo de Doris?

Alguien entró en aquel momento, con una bandeja en las manos. Doris sonrió.

—Pip, me imaginé que tú y tu amigo querríais tomar una taza de café —dijo.

—Así que se queda en tu casa —exclamé, después de las convenientes presentaciones.

—Para siempre —confirmó Galway.

—Él manda y yo obedezco —dijo ella alegremente.

—No es mal chico, aunque tendrá que atarle corto, Doris —sonreí.

—Pasado mañana lo ato definitivamente. ¿Querrás venir a la boda? —me invitó la chica.

—Me disgustan los tumultos, las aglomeraciones... Habría gritos, empujones, fotografías...

Galway adivinó mis pensamientos.

—Será una ceremonia muy sencilla: la novia, yo y el mejor amigo del novio, que eres tú —aseguró.

—En tal caso, iré —contesté. Miré a Doris—. Para Smith, Carol es una mujer de oro puro, pero creo que Doris no desmerece en absoluto para ti, Pip.

Doris se sentó en el brazo del sillón y pasó un brazo por los hombros de su futuro.

—Pip prefiere que yo sea una mujer de carne y hueso —dijo sencillamente.

FIN

¡AHORA sí es posible!

*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

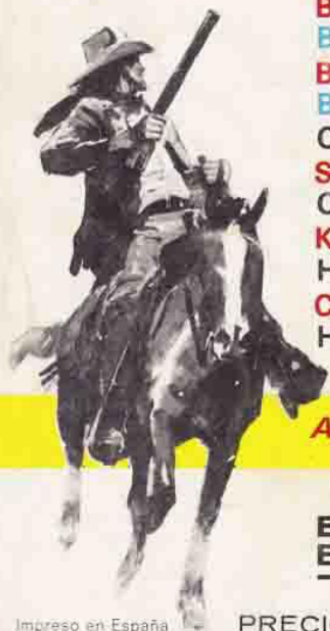
COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

